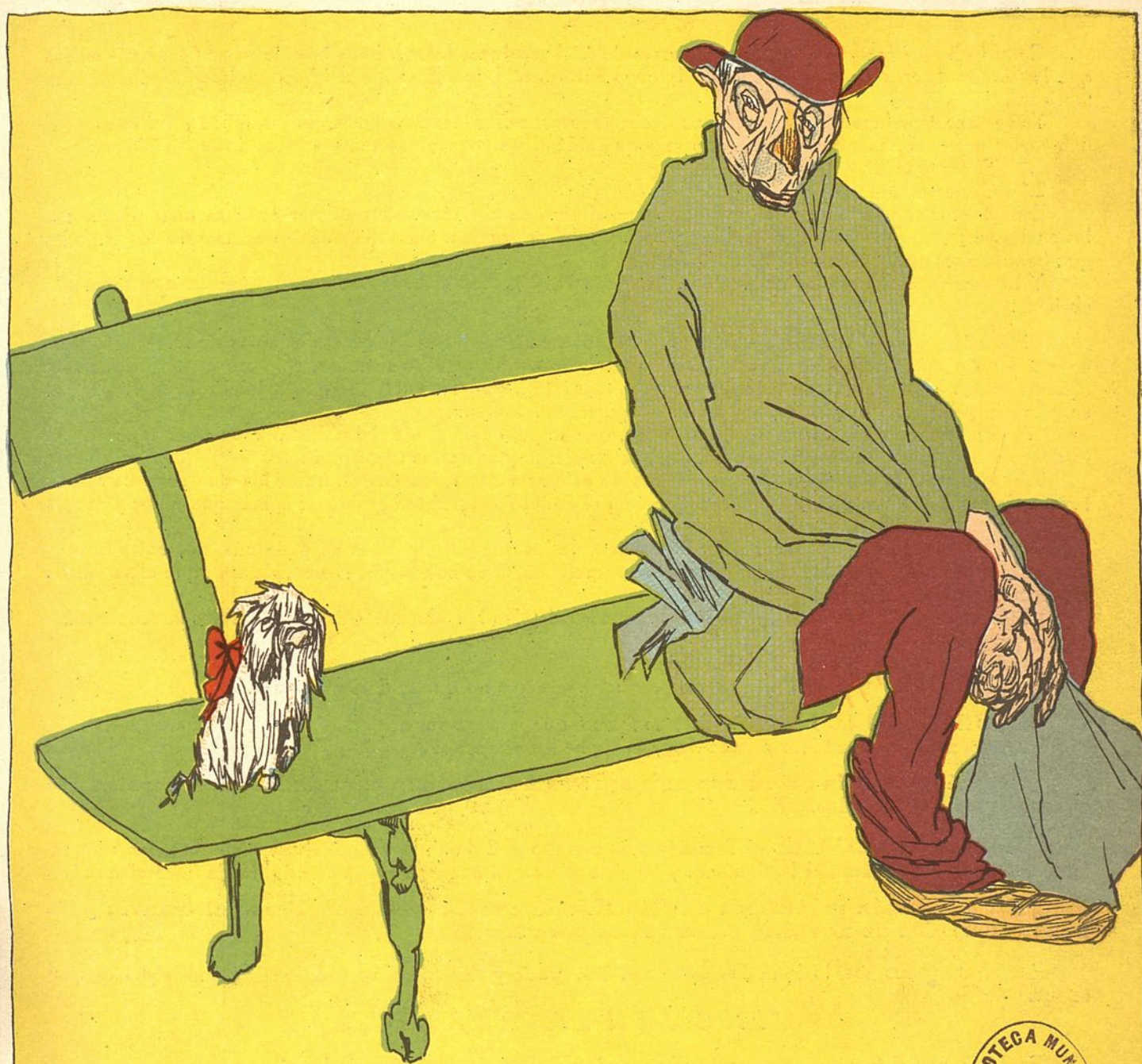


BUEN HUMOR



Alonso Salas



Dib. de CEREZO VALLEJO.—Pamplona.

—Seguramente pertenecerás a alguna dama aristocrática. Tomarás chocolate; pasearás en auto, y hasta entenderás inglés. ¡Yo, en cambio, estoy llevando una existencia perra!

CONCURSOS DE "BUEN HUMOR"

Cerrado herméticamente nuestro concurso de títulos y leyendas, abrimos hoy de par en par nada menos que la friolera de tres nuevos concursos, de cuyo éxito brutal, inmarcesible e imperecedero no dudamos ni tanto así.

Todos nuestros lectores y lectoras, es decir, señoras, señoritas, caballeros, pollos, niños y militares, pueden tomar parte en estos concursos, nada más que ciñéndose voluptuosamente a estas dos condiciones:

1.^a Tener gracia.

2.^a Cortar el cupón.

Esto de cortar el cupón no se refiere a tener dinero en el Banco, sino a tener en casa unas tijeras con las cuales se pueda verificar el sencillísimo hecho de *desglosar* del texto de nuestro semanario los cupones que han de acompañar a los envíos de los lectores.

Y hechas estas necesarias aclaraciones, pasamos a dar cuenta de los concursos que en este momento abrimos.

PRIMER CONCURSO. — Este concurso, que será continuo como los discursos de D. Melquiades, o para decirlo más claro, que se verá, fallará y tendrá premio todas las semanas, consiste en un chorro de chistes, caídas o gracias (como ustedes prefieran llamarlas), de las cuales, las que a juicio de la Redacción sean más ingeniosas y originales, lograrán los siguientes honores:

1.^o Hacer inmortal el nombre de su autor, que se publicará al pie del chiste o gracia, acompañado, si lo desea, de su edad, su estado, su profesión, su domicilio y hasta sus ideas políticas.

2.^o Provocar la envidia de los redactores de este semanario, los cuales, hasta los que sean calvos, se tirarán de los pelos que puedan al ver que hay en el mundo señores tan graciosos o más que ellos, y que no presumen como ellos.

3.^o (Hay ascensor.) Al autor del mejor chiste de los que publiquemos en cada número, entregaremos la formidable cantidad de **DIEZ PESETAS** en metálico, o en billetes de Banco, siempre que el susodicho autor dé la vuelta del billete en el acto.

¡Con que, queridos lectores, a calentarse la cabeza! ¡Manden muchos chistes, muchas ocurrencias, muchas gracias! ¡(No hay de qué!)

¡Anden ustedes, y que les den dos duros!

¡Ah, una advertencia!... Este concurso procuraremos que no quede desierto jamás.

SEGUNDO CONCURSO. — Este concurso, que cerraremos el día 2 de abril, consiste en dar una respuesta graciosa, contundente y definitiva a la siguiente pregunta:

¿En qué invertiría usted con más aprovechamiento la cantidad de dos pesetas con sesenta y cinco céntimos?

TERCER CONCURSO. — También será cerrado el 2 de abril, y también consiste en aclarar con sabelero, intención y oportunidad la siguiente y terrible duda que nos está consumiendo desde hace cinco años:

¿Por qué razón misteriosa e indescifrable cuesta veinte céntimos el tranvía para ir a las corridas de novillos, y dos reales para las de toros?

En ambos concursos, los que contesten con más gracia y acierto serán galardonados con la ya imponente suma de

CINCUENTA PESETAS

Es decir, que si hay un lector que consigue alcanzar los dos premios podrá disponer en un momento de **VEINTE DUROS** (todos buenos y perfectamente acuñados), con los que se pueden resolver casi diez días de existencia, sin el agobio de la lucha diaria por el cocido y de pensar en qué habrá que hacer mañana para que la criada pueda ir a la compra... Aunque nosotros preferiríamos que los dos premios recayeran en autores distintos, tanto porque hacemos la felicidad de más familias, como porque nos haría gracia ver las caras de los agraciados cuando la sorpresa de ser premiados con diez duros les hiciese exclamar con inefable regocijo:

— ¡Anda, diez!

Los envíos habrán de venir necesariamente firmados por sus autores (y los de provincias en sobre abierto y con la indicación de *Original para imprenta*), y acompañado cada uno de los originales de un cupón de los que publicamos por separado.

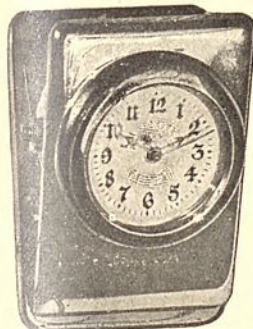
CONCURSO-ANUNCIO

Una casa anunciadora, deseando hacer un obsequio a nuestros lectores, nos remite para su publicación este jeroglífico.

Para tener derecho al regalo de los artísticos relojes



cuyas fotografías acompañan a estas líneas, es necesario que discurran ustedes un poquito hasta dar con la solución exacta del jeroglífico en



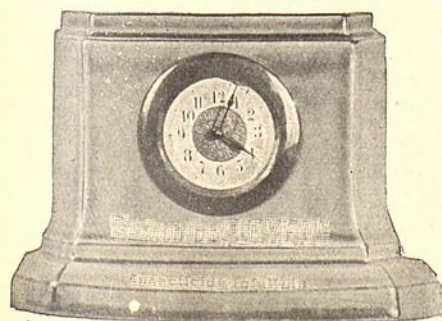
cuestión; y una vez convencidos de que han acertado ustedes con ella, la remiten a esta Redacción, plaza del Angel, 5, entresuelo, antes del 31 del presente marzo, fecha en que cerraremos el concurso.

Los de provincias harán su envío en sobre abierto, en el que figurará la inscripción de *Original para imprenta*. Tanto los de Madrid como los de provincias procurarán no olvidarse de acompañar cada solución del cupón que figura al pie de esta plana, pues serán nulos todos los envíos que se nos hagan sin cumplir esta formalidad.

Los premios se entregarán en esta Redacción a los autores de las tres soluciones exactas que recibamos, y si hubiera mayor número de éstas, se celebrará un sorteo entre todas ellas para el reparto de los tres premios.

Las soluciones deberán venir firmadas por sus autores y con indicación de domicilio y población en que residen.

CUPÓN que deberá acompañar
a cada solución que se envíe
para el **CONCURSO-ANUNCIO.**





Idéa

Si quiere usted experi-
mentar una sensación
agradable á la par que
higiénica, friccióñese
después del "sport"
con

AGUA DE COLONIA AÑEJA

Frasco, 2,50

Perfumería Gal

MADRID

PERINOLA LITERARIA

DON MIGUEL DE UNAMUNO



ABLÁBAMOS el otro día de los siete sabios de Grecia — de alguno, y besugo de peso, hubimos de prescindir por no alargar la lista —, y colocábamos primeramente a don Miguel de Unamuno. El Sr. Unamuno — ese negro de Salamanca, que decía un escritor ya muerto — no se resigna a pasar inadvertido. De cuando en cuando nos suelta su paradoja y se retira por el foro. Las de los últimos meses son de lo más ridículo y lamentable que puede concebirse. ¡Miren que, a sus buenos sesenta y tantos años y en instantes en que las más hondas conmociones agitan al mundo, venirse con artículo sobre artículo echando la culpa al Rey de lo que no es sino vileza y cobardía de este pueblo, como cualquier escritor revoltosillo de las juventudes radicales de ha diez años, ansioso de renombre! Y todo a sabiendas de que no va a pisar los umbrales de la prisión. Porque eso es lo chusco. La cárcel califica al sujeto. Y él quisiera pasear por toda España una fama de perseguido. ¿Qué extraña manía de grandezas ha acosado a este hombre? Sus desplantes, ¿moverán a otra cosa sino a risa? Y sus más regocijantes paradojas, ¿causarán expectación?

El llegó a creerse un escritor genial, burdo remedo de Ganivet, de la estirpe de los ensayistas. Porque desde que el glorioso Montaigne vino al mundo,

apenas ha existido autor mediocre que no se haya titulado ensayista. Acontece con los malos literatos lo que con los malos tenores. Cuando la voz de éstos no alcanza la brillante región de los agudos, denominanse baritonos; cuando la capacidad de aquéllos no toca las alturas del poeta o novelista, ni las profundidades de la erudición, apellídanse ensayistas. Y no está del todo mal el nombre, pues toda la vida se pasan en ensayos, sin que llegue jamás la hora de la función.

Unamuno — sé que me vais a acusar de irreverente, pero yo no

reverencio falsos ídolos — soñó con la celebridad europea. Pergeñó unos cuantos librotos — muy elogiados por los que no los han leído —, y en seguida descubrió su hilaza, falso, hueco, retoricado y absurdo, del color amarillo de la envidia, de que está agriado. Su norma es mantener tensa la atención. Ahora, ni aun insultando al Rey lo consigue. ¿A qué medios apelará en el porvenir? Es un misterio tan descorcentante como sus paradojas. Porque tras tanto echárselas de erudito, filólogo, filósofo, poeta y demás, está descubierto que como

erudito es una birria, como filólogo una chancleta, un allá te vas como filósofo y bastante medianejo como versificador. Y cuenta que lo único tolerable en su obra son sus composiciones poéticas. Es catedrático de griego. Y sabido que no sabe griego y apremiado a explicar cómo en su clase no se daba lección de griego, contestó con una paradoja, diciendo que él sabía griego para que no lo supieran sus discípulos. Pero, en tanto, se embolsaba bonitamente los dineros que el Estado asignaba a la cátedra y era rector de la Universidad salmantina, hasta que pasó lo que pasó. De entonces acá, el hombre D. Miguel se ha transformado en régulo; le ha acometido la extraña locura de que es un genio incomprensible, digo, incompendido; y en vez de trazar volúmenes y demostrarlo, actuando de grecizante y estando necesitada toda la literatura griega de ediciones críti-



Dib. SILENO. — Madrid.

cas, versiones y comentarios modernos al español, entretiénese en garrapatear sátiras y diatribas. No edita obras; pero es mantenedor de todos los Juegos Florales que se celebran en España. Y así, en cualquier Villa Bruta le vemos pronunciar tremebundas arengas, al lado de los vates de la Flor natural, entre concejales y presidentes de Diputación. Allí, en esas solemnidades, en medio de la bazofia literaria y artística, le vemos brillar entre reinas de la fiesta y secretarios de Ayuntamiento. ¡Cómo se pavonea, cómo se jaroepa de lo lindo, mientras el excelentísimo alcalde presenta al atónito senado, «al eminente e ilustre escritor, gloria de las letras patrias»! ¡Y cómo él agradece con una inclinación de cabeza las «efusivas» frases! Luego viene la lectura de los trabajos premiados, y un señor recita, desde un rincón del estrado, «Las excelencias del cultivo de la remolacha». Músicas por aquí, palmas por allá, y el buen D. Miguel que sale del pueblo

pío, felice, triunfador Trajano.

He aquí la ocupación predilecta del Sr. Unamuno, a falta de otra mejor. Pero en los últimos meses, viendo que no causaban efecto sus discursos en los Juegos Florales, se le ha subido la bilis, y cuando murió el gran Pérez Galdós salió a la plaza pública con una almorzada de desatinos contra el creador de *Realidad* y *El abuelo*. ¡Qué oculta envidia anidaba en él! Hubo de morirle Galdós para que la exteriorizase. ¡El difunto era un pobre diablo que no sabía ni coger la pluma! Protestó la gente contra el cínico desahogo del paradójico catedrático y volvió a relegarle al silencio. Entonces pensó el hombre: «¿Qué nuevo procedimiento ensayaré ya — siempre el ensayista — para llamar la atención?» Y va y se mete con el Rey: «¡La culpa la tiene el Rey!» «¡La culpa la tiene el Rey!» Que es renovación de aquel antiguo grito, que a todo se aplicaba: «¡La culpa la tiene el clero!»

Pero en el fondo de todo esto, ¿no saben ustedes lo que hay? Una rabiosa y profunda envidia al Rey

Alfonso. Rey por rey, y nada de Roque.

Lo explicaré. Cuando el jaleo de las célebres Juntas militares, y a raíz de los sucesos de agosto de 1917, muchos cándidos creyeron en un cambio de régimen. Una buena y calurosa mañana aparecieron pasquines por todas partes con la lista del Gobierno de la futura, o mejor, inminente República. El señor Unamuno figuraba como presidente de ella, con Lerroxx de primer ministro. Aquella broma (o realidad fracasada) influyó poderosamente en el ánimo de D. Miguel, que se tuvo ya por presidente de veras. Volvió la calma a los espíritus, no cambió el régimen, aquietáronse las convulsiones momentáneas, se aplazó la revolución para más adelante; pero Unamuno de ninguna manera se resignaba a la pérdida presidencial de la República.

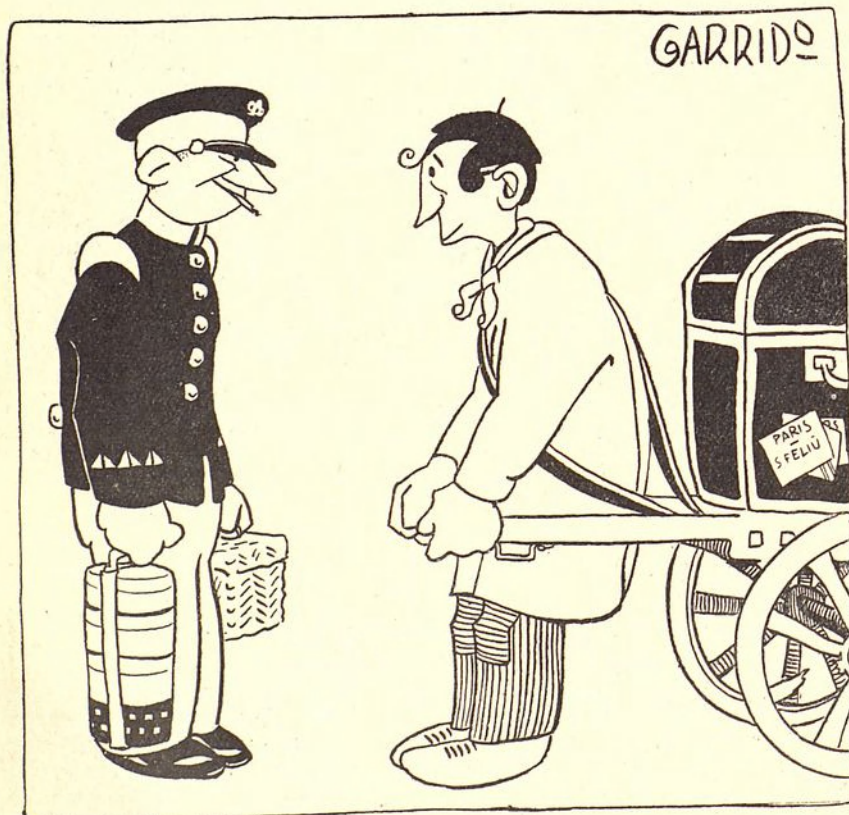
Desde tal instante abriga un profundísimo odio al Rey Alfonso, a quien, sin duda, se imagina usurpador del Trono y detentador de sus legítimos derechos a la Corona; o lo que viene a ser igual, a la morada en el palacio de Oriente. ¡Qué tremendas pesadillas acosan a D. Miguel, evocando la cámara Gasparin! ¡El esplendente Campo del Moro! ¡Y allá, en las lejanías, las brumas que tamizan las empinadas crestas del Guadarrama! Pues ¿y la Casa de Campo? Se cree un monarca destronado, añora tiempos felices y rememora el *Nessun maggior dolore* del Dante.

Esto llevará a la locura a D. Miguel. Noches enteras le han visto pasearse a lo largo de la calle de Bailén, detenerse en la plaza, interrogar a las pétreas figuras de Leovigildo, Chindasvinto, Recaredo y D. Favila; llorar, mesarse los cabellos, increpar furiosamente a los centinelas — por lo bajo, claro es, y a nuestro modo de decir —, y tornar de nuevo a pasearse entre murmuraciones.

En esas noches, prólogos de insomnios y pesadillas, es cuando escribe esos terribles artículos pidiendo que le encierren.

Y habrá que encerrarle, habrá que encerrarle en un manicomio, o hacerle, siquiera de mentirijillas, presidente de la República, y coronar así la paradoja de sus paradojas.

Luis ASTRANA MARÍN.



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— ¿No te habían ofrecido una colocación?
— Sí; pero como no me la dieron, me he tenido que agarrar a esto para ir tirando...

CANTARES RAZONADOS



H, señores! En literatura, como en todo, la novedad se impone, y la novedad consiste en no hacer las cosas como los demás, porque la tradición y la rutina nos dan cien patadas en la boca del estómago.»

Este párrafo forma parte de la notable conferencia que ha escrito mi amigo Virgilio Revuelta para improvisarla dentro de quince días en el Ateneo Científico, Literario y Agrícola de Valdelatas.

Virgilio Revuelta es un lírico formidable, con vistas a la metafísica, y ha inventado un género de poesía superior a todos los géneros de la Península, y aun a los géneros ultramarinos. El género de Revuelta no es masculino ni femenino, sino neutro. Virgilio profesa la neutralidad en el arte, y por eso cultiva lo racionalista. Sus poesías son razonadas, y para acostumbrar al público, rutinario de suyo, ha comenzado por razonar los cantares del pueblo, que otros llaman coplas.

Como todo lo que pudiera decir nuestra competencia en materia de estética sería insuficiente para dar al lector una idea cabal de los trabajos de Virgilio Revuelta, preferimos reproducir textualmente algunos de ellos.

LADRONZUELA

Señor alcalde mayor,
no prenda usted a los ladrones.
Servidor,
dueño de una platería,
ha notado el otro día
que faltaba de su tienda
una cantidad tremenda
de corazones de plata para el exvoto y la ofrenda,
y muchos de esos menores
que se llevan para escudo de hábitos de los Dolores.
No entra en mis ideales
logren la impunidad los criminales;
pero, aunque así taladre
su corazón de padre,
sepa que está probado
que ha sido su niña la que me ha robado.
Perdóneme que le aflija;
pero jojo con las prisiones!,
porque tiene usted una hija
que roba los corazones.

Les digo a ustedes que son unas poesías que convencen. Vaya otra muestra:

GUASA VIVA

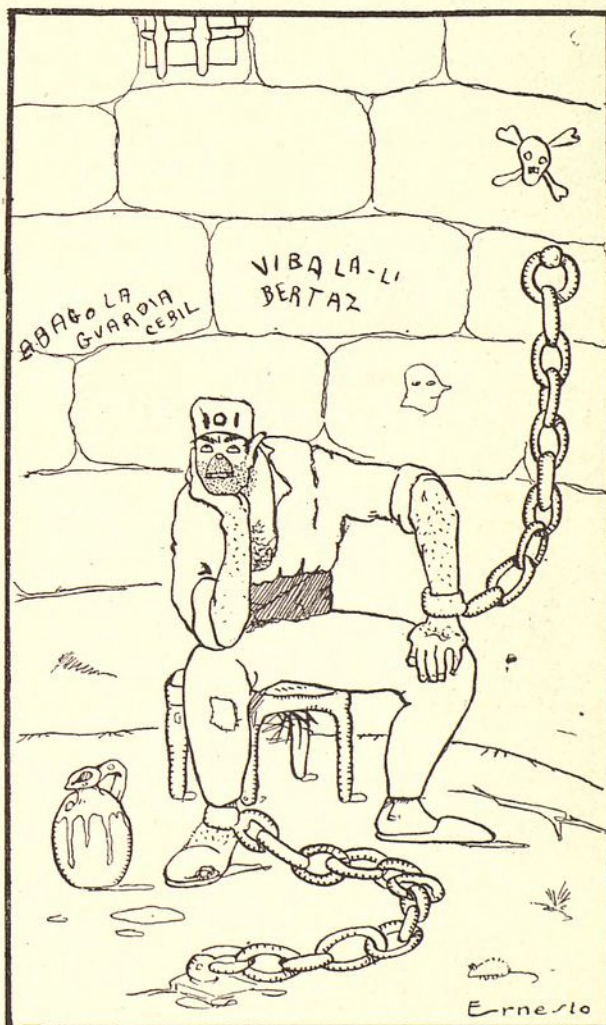
A la mar fui por naranjas,
cosa que la mar no tiene.
¡Esto es gracia pajolera!
Buscarlas en los naranjos es cosa que hace cualquiera.
Con este salero de las cosas mías,
con la mano metida en el agua me estuve unos días.
¿Que de qué viví?
De lo que comí;
porque la Esperanza,
que es la cocinera del hotel de enfrente,
me trajo pitanza
¡pero que excelente!
Y con la guasa que tiene
alimentarse de guagua...
metí la mano en el agua.
La Esperanza me mantiene.

A mi juicio, la que le valdría una flor natural y hasta contrahecha en cualquier certamen, si hubiera justicia, es la siguiente:

EL PENADO

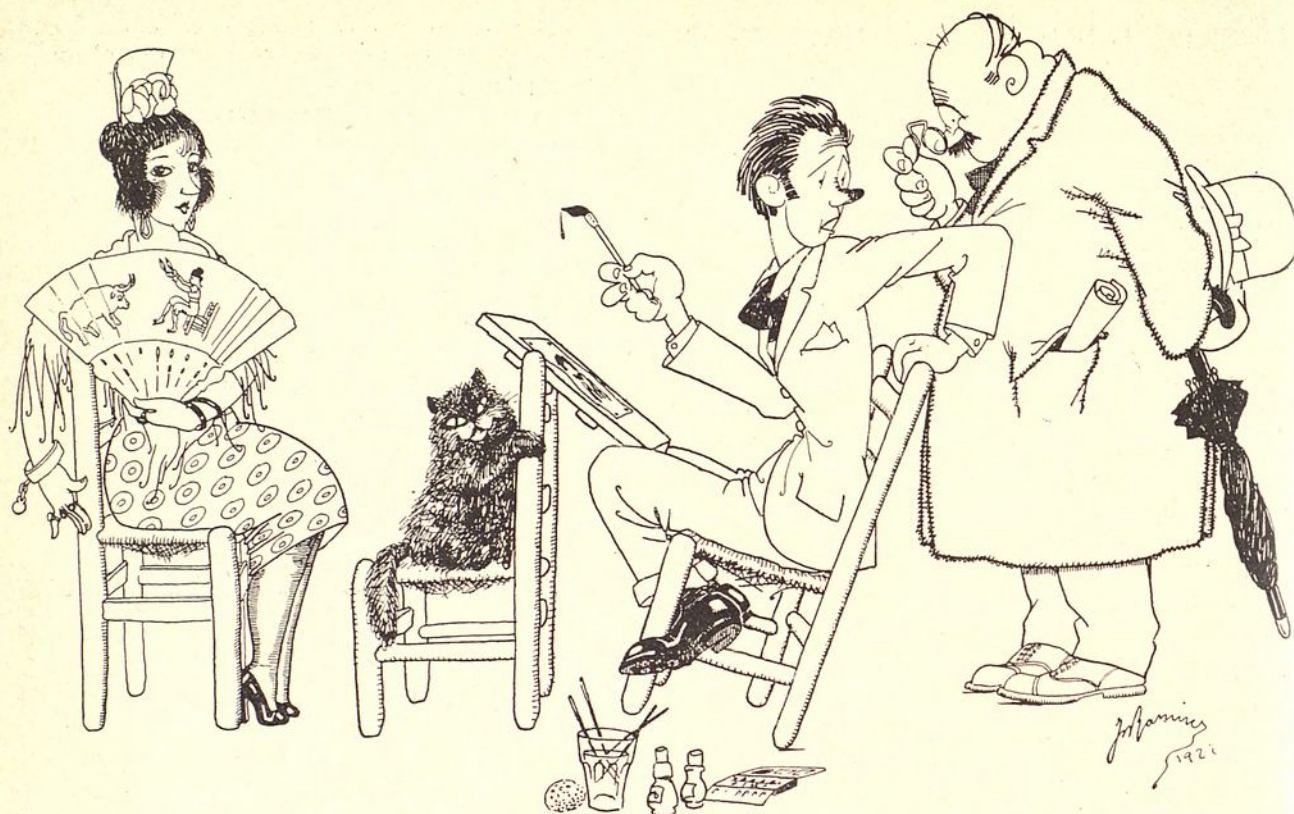
A la reja de la cárcel
no me vengas a llorar.
Hazme ese favor.
El Jurado me ha impuesto la pena de arresto mayor;
además, la Audiencia de lo criminal,
otras dos de prisión correccional.
Son tres, como ves,
y espero otras tres
y las que me des
viéndote llorar.
¿Crees tú que llorando me vas a indultar?
Pues vuélvete a tus faenas
¡y a callar!
¡Ya que no me quites penas,
no me las vengas a dar!

CARLOS LUIS DE CUENCA.



Dib. ERNESTO. — Valencia.

— ¡Más de una vez quise huir y no volver!..
(Letra y música de Mon homme.)



— ¿Está usted pintando al óleo o a la aguada?
— ¡Estoy pintando a la... Guadalupe!

Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

DICCIONARIO DE "BUEN HUMOR"

APÉNDICE



POR esta vez me van a perdonar mis lectores que suprima el proemio con que habitualmente doy comienzo a estos trabajos hercúleos en que me he metido; pero es el caso que ya he hecho tres proemios, y si me meto con el cuarto proemio, dirán ustedes que esto va a parecer un certamen; y como yo con las guasas me amelono todavía más de lo que estoy, quiere decirse que hoy me voy al grano derecho, o lo que es lo mismo, que entro en *materia* inmediatamente.

¡Y no va más, señores!

I

Ileso. — Persona que tiene la fortuna de no estar herida. Los madri-

leños debemos estar agradecidísimos a la Providencia, porque ha hecho gozar de tal felicidad a la mayoría, como lo demuestra el hecho de que de ochocientos cuarenta y nueve mil doscientos habitantes que tiene Madrid, ochocientos cuarenta y nueve mil ciento sesenta y cinco están completamente ilesos.

Inútil. — García Prieto, míresele por donde se le mire.

J

Joven. — Situación en que ni nosotros ni nadie en el mundo ha conocido a la popular tiple Julita Fons.

Judío. — Francisco Cambó.

No podemos dejar sin mencionar una particularidad curiosa del partido regionalista catalán, y es la siguiente:

El judío es Cambó y la *judía* es *Ventosa*... (¡Lo mismo que en Madrid!...)

Juanete. — Nombre tierno y cariñoso con que mi vecina doña Ole-garia designa al menor de sus hijos. El mayor se llama Cayo, y debo advertir que tanto el Cayo como el Juanete hacen pasar muy malos ratos a la pobre señora.

K

Kilo. — Setecientos gramos de peso, si se trata de una panadería, y ochocientos si se trata de otro establecimiento cualquiera. ¡No hay quien dé más!

L

Limpías. — Nombre con que se designa a un ex alcalde de Madrid, a un Santo Cristo muy célebre y venerado, y a varias copas ingurgitadas en una taberna.

Y, al mismo tiempo, calificativo que no puede aplicarse casi nunca

a las manos de los ediles de nuestro Excmo. Ayuntamiento.

Loco. — Hombre que no tiene razón.

Si quieren ustedes saber más, váyanse a un manicomio, y estoy completamente seguro de que allí les darán razón con mucho gusto, porque para eso los pagan.

LL

Lleno. — Palabra absurda si se aplica al teatro de Apolo, al cuerpo juncal de Loreto Prado y al cerebro de Azorín.

M

Malignos. — Los granos de la estación estival.

Mundos. — Los bultos de la estación del Norte.

Maletas. — Julián López (a) *Reverte VI* y José González (a) *Coche-rrito de Villarrubia de los Ojos, provincia de Toledo*.

Mío. — Lo que yo poseo, a saber: un traje de jerga, una silla de madera curvada que tiene mala pata, las obras de Javier de Montepín en tres tomos, un frasco de jarabe para el catarro en cuatro tomas, un despertador que pienso vender para no pagar el nuevo impuesto del *timbre*, dos pesetas con ochenta céntimos, y una mesilla de noche con una taza mayúscula de porcelana de Sèvres en el piso bajo...

N

Nariz. — Cosa muy sonada.

No. — Lo que contestó honradamente un eximio autor de cuplés (proveedor de Raquel Meller, *Chelito* y Carmen Flores) la primera vez que le preguntaron si sabía leer y escribir.

O

Ósculo. — Ofrecimiento desinteresado que hago a todas las muchachas jóvenes y bonitas que tengan por conveniente aceptar mis servicios.

Se reciben avisos en la Redacción de este semanario.

Olivo. — Refugio del Gallo a la hora de matar.

Por lo cual, también se reciben avisos en la plaza de Toros.

Obscuro. — El asunto de Cambó con el Banco de Barcelona, y el duelo singular de la vara del alcalde Villabrágima con el metro de Madrid.

P

Peón. — Conocemos tres clases de peones: el peón de música, el peón de brega y el peón de albañil.

El peón de música baila con cuerda, el peón de albañil suele bailar con *curda*, y el peón de brega, en cuanto tiene al toro delante, es el que baila más que todos.

Punto. — Romanones.

Punta. — La Cachavera.

Q

Quina. — Licor delicioso que está tragando el Sr. La Cierva desde hace dos semanas.

Quilo. — Exudación angustiosísima que sueltan todos mis poros el día que surge mi casero con el recibo y me obliga a *sudar* el importe del alquiler.

Quinto. — No matar.

R

Ramal. — Especie de corbata con que suelen adornarse algunos egresos políticos.

Rana. — Animal calvo de nacimiento.

Receta. — Sentencia de muerte, en los casos graves. Juan y Manuela, en los otros casos.

S

Sindicalista. — Hombre malhumorado que reniega de no poderse ganar la vida y que se la quiere ganar. Hay sindicalistas trágicos y sindicalistas cómicos, verbigracia:

Trágicos: Casanella, Matéu, Nicoláu.

Cómicos: Moncayo, Ramón Peña,

Chicote y demás queridos amigos afiliados al Sindicato de Actores.

Sarcasmo. — Propalar que Vázquez de Mella tiene talento.

Senado. — Casa de dormir. Tarifa gratuita.

T

Tan. — ¡La una en punto!

Trote. — Manera de andar precipitada de dos directores generales que yo conozco.

Tuerto. — Hombre que se ve precisado a andar con ojo.

U

Uno. — Cantidad de espectadores que había la otra tarde en el concurrido teatro Infanta Isabel.

Uñas. — Lo que se mordía el simpático Arturo Serrano, empresario del susodicho Infanta Isabel, al contemplar el tumulto a que daba lugar la entrada en la sala de la también susodicha cantidad de espectadores.

V

Vivo. — Un ministro que ha sido muy popular.

Vivillo. — Otro ministro.

Vaina. — Otro.

Y

Yegua. — Caballería.

Yáñez. — Infantería... (Yáñez es un comandante amigo mío, para lo que ustedes gusten mandar.)

Z

Zumo. — Líquido extraído de ciertas plantas y frutas. Son célebres el zumo del limón y el zumo de la uva, al cual llama un curda cordobés, amigo de un servidor, el *zumo pontífice*.

Zaragoza. — Población con destino a la cual salgo mañana en el tren de las siete, por lo que tengo el gusto de despedirme de ustedes hasta la vuelta.

ERNESTO POLO.





AMORES CIEGOS

Dib. TOVAR. — Madrid.

El. — ¡Qué ganas tengo de tener un retrato tuyo!...

Ayuntamiento de Madrid

CAÑO LIBRE

El Sr. Valero Hervás ha tenido una idea feliz que no ha cuajado inmediatamente, pero que cuajará más tarde o más temprano, porque todavía no se ha malogrado ninguna iniciativa encaminada a crear empleos y a sacar dinero a los contribuyentes.

El Sr. Valero Hervás ha dicho, y puede que no le falte razón, que la sanidad pública está muy descuidada, que no están dotados los servicios, que no se previenen las epidemias, y, en una palabra, que se muere demasiada gente..., aunque no lo parezca, puesto que en toda España no hay una habitación disponible.

Todo lo cual cree el Sr. Valero Hervás que se arreglaría en un abrir y cerrar de ojos, con sólo añadir a los Ministerios existentes, con una nube de empleados cada uno, un Ministerio más, con otra nube de empleados.

Este Ministerio, que se titularía de *Sanidad*, naturalmente, tendría una porción de Direcciones Generales: de enfermedades contagiosas, de curas de urgencia, de asistencia domiciliaria, de profilaxis, de higiene, de *sacaruro sindicalis*, etc., etc.

Se alquilaría en Madrid un palacio, sin reparar en el precio, para instalar dignamente el nuevo organismo, y otros edificios a propósito, también sin regatear, para establecer sucursales en las capitales de provincia y pueblos de importancia; todos esos inmuebles se llenarían de mesas y armarios adquiridos «sin las formalidades de subasta», y junto a los armarios y las mesas se colocarían las legiones de oficiales, escribientes, técnicos, delegados, inspectores y ordenanzas encargadas de velar por la salud de sus coterráneos, a cambio de los correspondientes sueldos, dietas y derechos pasivos...

Una vez montada y en funciones la complicada máquina sanitaria, puede que la gente se muriera

como ahora; pero se moriría de gusto al verse tan solícita y cuidadosamente atendida.

¿No estamos conformes? Pues una cosa así es lo que ha pedido el Sr. Valero Hervás, como quien pide una bicoca.

Puede que él mismo no haya dado importancia a su petición, considerándola una de tantas que hacen los diputados por el bien parecer y para demostrar que se preocupan del bienestar del pueblo; pero no hay que tomar a broma esas *ideicas*, porque así, como un pretexto para pasar el tiempo, nació lo del Ministerio del Trabajo, y ya no nos lo quitamos de encima hasta la consumación de los siglos.

Sí, señor Valero, sí; por esa afición a la higiene y a la cultura que les entra a ustedes de vez en cuando..., nos suben a nosotros las cédulas.

¿Ustedes tienen algún mirador en su casa? ¡Pues se han caído ustedes!

Porque en el presupuesto municipal, aprobado con gran júbilo por la Junta de Asociados, como si con él le hubiera tocado al vecindario el gordo de la Lotería, figura el impuesto sobre miradores, que, como es lógico, viene a simplificar el problema de la vivienda.

Hubo un momento en que, calculando que no valía la pena de fastidiar a mucha gente para obtener una recaudación relativamente pequeña, tuvimos la esperanza de que la nueva contribución se quedara

en proyecto... Pero ya debemos perderla, porque el Ayuntamiento ha tomado una determinación que no deja lugar a dudas.

¡Ha votado un crédito para talonarios de recibos! Y, ¿saben ustedes de cuánto es el crédito? ¡De diez mil pesetas! ¡Dos mil duros sólo en talonarios! Añadan ustedes los sueldos de cobradores y de oficinistas, y resultará que con el producto líquido del impuesto no habrá bastante para remunerar ese nuevo cargo, inventado en favor de un concejal saliente, y habrá que poner dinero encima.

Pero ¿qué se le ha de hacer, si así nos administran y así dejamos que nos administren?

El señor marqués de la Frontera, al abandonar el Gobierno civil de Madrid, lanzó sobre la Diputación provincial la flecha del *partho*.

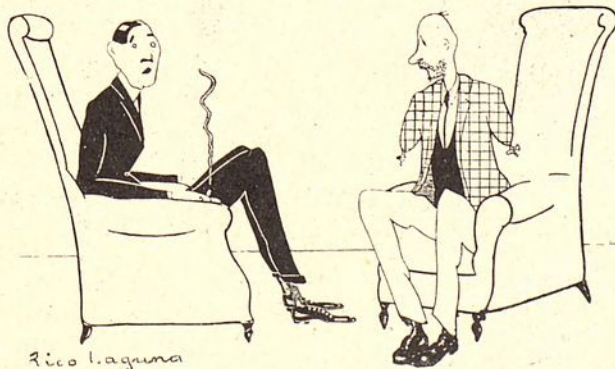
Esta flecha consistió en una atenta comunicación que publicó la Prensa, y en la cual el señor marqués daba cuenta del resultado de su visita al Hospicio..., que no pudo ser más lamentable.

Figúrense ustedes que mientras aquí los señores diputados provinciales demostraban la ternura de sus corazones acordando acudir en socorro de los niños rusos... con los fondos de la Diputación, naturalmente, el gobernador dimisionario les hizo ver que los niños españoles encomendados a su custodia se estaban pudriendo en su propia mugre.

Avergonzados y confusos, entre presentar la dimisión de los cargos o enfadarse mucho con el señor marqués de la Frontera, optaron por lo segundo. Y una vez desahogada la rabia, durmieron tan tranquilos.

Como no hay mal que por bien no venga, de la visita del ex gobernador ha salido algo bueno.

El descubrimiento de una nueva sufrida clase, tan verdaderamente sufrida y modesta, que todavía, a pesar de la carestía de las subsistencias, no había pedido aumento de ningún género, ni la más ligera propina.



Rico Laguna

Dib. RICO LAGUNA.— Madrid.

EL DOCTOR NOVEL. — ¡Atíza!... ¿Cómo le tomo el pulso a este hombre?



Andanzas de Ulises Redingot

por José María Quiroga Pla y Pedro Caravia Hevia.

PRIMER PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS

Ilustraciones de Antonio Barbero.

(CONTINUACIÓN)

LA PINITOS (ha terminado por hoy sus trabajos pulmonares en el escenario, y viene, con peineta de teja y mantón de Manila, a inaugurar las proezas estomacales. Escoge como primera víctima de la hecatombe al divinal Ulises, que ha suspendido momentáneamente la lectura, perdido en el piélago del comentario). — Rico, ¿me vas a convidá?

ULISES (abstraído, sin saber si lo que le molesta es una mujer o es una mosca). — ¡Hum! (Sigue leyendo con entonación trágica:) «¡Así pudiera quitarte el alma y la vida!»

LA PINITOS (asustada y en plan de fuga). — ¡Redié con el sulú! ¡Anda y que te den morsiya!

ULISES (sin enterarse, enfáticamente). — «Oyeme, Neptuno que ciñes la tierra...»

LULÚ (ex cancionista francesa venida a menos, sentada en una mesa con el especialista de la clínica de encima). — ¿Quién te va a quegue a ti? ¿Quién te va a comege el dinego de las consugtas?

EL ESPECIALISTA (con cara de imbécil). — Te quiero. Comprendo que soy un animal; pero te quiero.

(Un señor viejo, calvo y de la Adoración Nocturna, se sienta cerca del escenario, y contempla con ojos lúbricos el numeroso y desnudado elenco femenino.)

LA CAMARERA. — ¿Qué va a tomar?

EL DE LA ADORACIÓN NOCTURNA. — Té con leche.

(La camarera inicia un mutis.)

EL DE LA ADORACIÓN NOCTURNA (sujetándola por el brazo). — ¿Cómo te llamas?

LA CAMARERA (que no cumple ya los cuarenta y cinco). — Pilarcita.

EL DE LA ADORACIÓN NOCTURNA (gelatinoso). — Tengo que conferenciar contigo.

(Baja y sube el telón. En el escenario, el cuadro flamenco: el guitarrista, un cantaor, un bailar, tres bailaoras y el acompañamiento, compuesto, como en el arca de Noé, de un par de animales de cada especie.)

Salta y se retuercen, sucesivamente, Lola la Murciana, la Chiribitas y la Niña de los Pinreles; todas muy mal, por supuesto, pero no tanto como su sucesor en el uso de los zapatos, Currito Tirabuzón, a quien también acompañan con taconeos, palmas y vayas, sin que falte — pura lisonja — quien le diga: «¡Guapo, que te está viendo tu novia!» Afortunadamente se marchan pronto, y sólo quedan, sentados junto a las candilejas, en el escenario, el joven de la guitarra y el cantaor, que a primera vista parece un muñeco de cuerda, y que resulta ser nada menos que el célebre Niño de Alcorcón. Pespunteo, gorroritos, etc., etc.

Ulises cierra el libro, saca de las sumidades del gabán un trozo de tabaco prensado, una cachimba y una navaja con que desmenuza el tabaco. Cuando juzga que tiene ya bastante, carga la cachimba, la enciende, y a las primeras chupadas se esparce por el kursaal el acre aroma característico del tabaco balear, que Ulises fuma por patriotismo, principalmente.)

EL DE LA ADORACIÓN NOCTURNA (que se ha embriagado con el té, deteniendo a la Cloti, que pasa rozándole). — ¿Cómo te llamas?

CLOTI. — En Lavapiés me llaman la Cloti.

EL DE LA ADORACIÓN NOCTURNA (cayéndosele la baba). — Tengo que conferenciar contigo.

(En la pipa de Ulises se intensifica el olor del tabaco quemado. En los que le rodean hay síntomas visibles de molestia.)

LA CAMARERA (que pasa con un servicio). — ¿Qué habrá pisao ese tío?

UN CHULO. — ¡Jum!

UNA SUPERTANGUISTA. — ¡Nos ha fumigao!

EL CANTAOR (sobreponiéndose briosamente a la picazón que siente en la garganta, ataca las primeras notas de una malagueña).

«Ar sipré der simen...» (Tose.)
«Ar sipré...» (Vuelve a toser.)

(Bronca. Un hermano del Niño de Alcorcón, que vela por el honor de la familia, lanza una silla contra Ulises, desde bastidores. El agredido echa a rodar la mesa de un puntapie y arremete contra el más cercano. Coro de aullidos a cargo del sexo débil.)

LOS ESTUDIANTES QUE SÓLO TIENEN DIEZ CINCUENTA. — ¡Ya se ha armao!

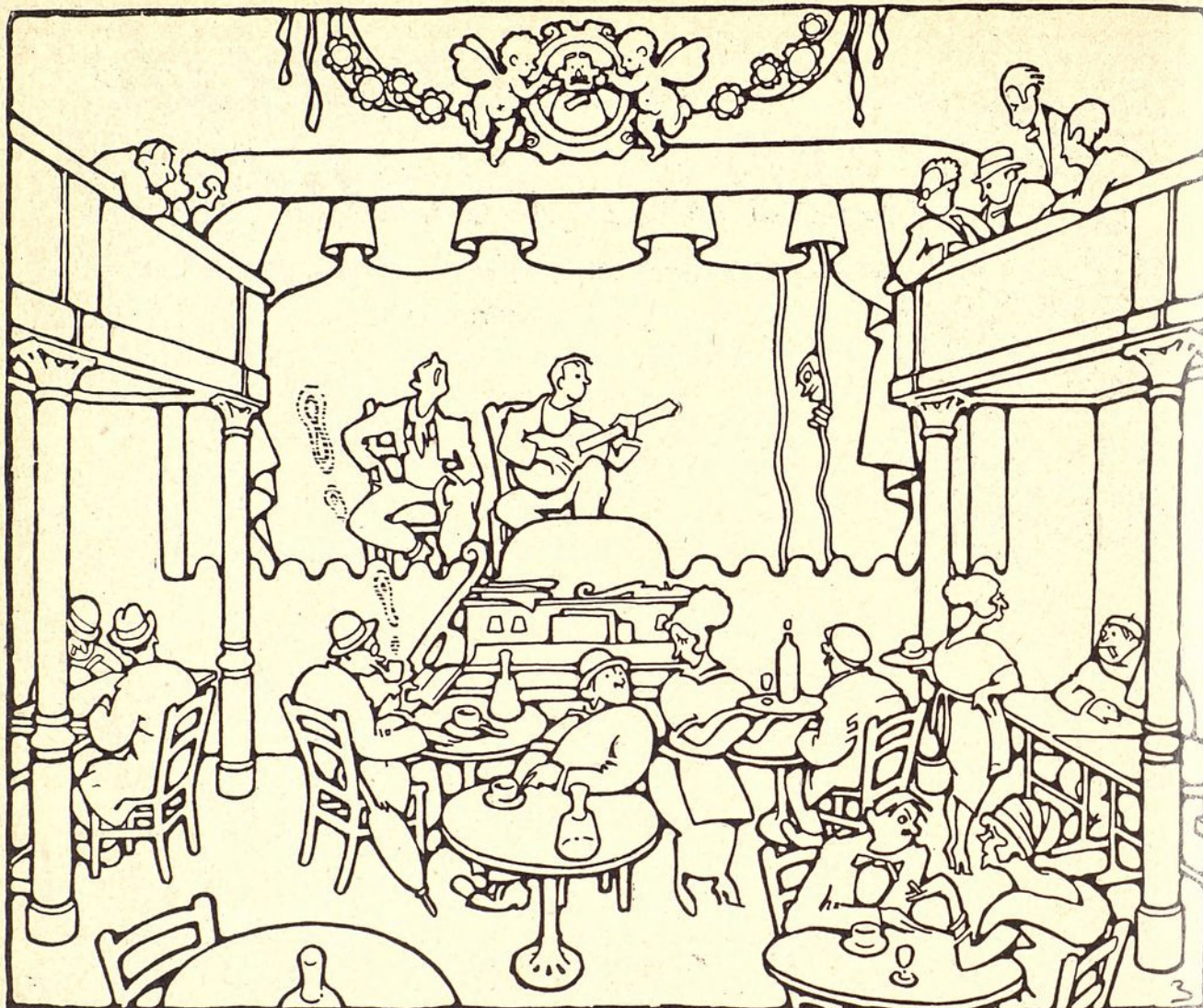
— ¡Vámonos sin pagar!

— ¡¡A las tres!!

(Mutis gratuito.)

ULISES (lanzando bélicamente el grito de guerra balear). — ¡Yatuuú-jajajá!

(Las columnas se estremecen, comprometiendo la estabilidad de los palcos. Ulises lanza una botella, que va a dar, impremeditadamente, en el hombro izquierdo del



... se esparce por el kursaal el acre aroma característico del tabaco balear...

señor de la Adoración Nocturna y lo derriba de espaldas sobre un velador.)

UN CHULO (que ha recibido una patada en la espinilla). — ¡Sujetarme, que le como la nuez!

(La puerta de la calle se abre violentamente, dando paso a Alcides Mac Ferland, seguido de un individuo enlutado, de aspecto melancólico. En circunstancias normales, hubieran podido admirar los presentes la hercúlea complexión y rubicundo semblante del primero. Pero no es ocasión propicia para observaciones, opinión compartida por Alcides, que, haciéndose cargo rápidamente de la situación, se apodera del piano y lo lanza contra uno de los palcos.

Desbandada general. El de la

Adoración Nocturna, que ha recobrado el conocimiento, huye también. Quedan por dueños del salón Ulises y Alcides, que se estrechan victoriosamente las manos.)

ALCIDES (mirando en torno suyo). — ¡Tom!

(La concha del apuntador vacila, y asoma por ella el macilento semblante del hombre enlutado.)

TOM MARINÉ. — ¡Heme aquí!

(Salta ágilmente desde el tablado, como si nada hubiera ocurrido.)

ALCIDES (presentando). — Tom Mariné..., Ulises Redingot.

(Hay un apretón de manos. Luego, silenciosamente, los tres individuos se dirigen a la puerta, en la que aparece la Cloti, que se cuelga del brazo de Tom; y todos cuatro salen a la calle.)

CAPÍTULO III

Ulises y Alcides, cogidos del brazo, en animada conversación, se detienen ante el domicilio de la S. G. H.-A.: una casa miserable, en una rinconada de la calle del Tesoro, en cuya puerta esperan ya la Cloti y Tom Mariné.

MAC FERLAND. — ¿Es aquí?

TOM MARINÉ. — Sí, ya estamos. (A la Cloti.) Tú, al guardarropa, que nos hemos retrasado. Nosotros subimos en seguida.

(La Cloti desaparece en el portal mal iluminado.)

Tom Mariné delante y Ulises y Alcides siguiéndole, se acercan a la portería: un cuartucho que alumbraba débilmente una bombilla en-

vuelta en un papel de seda gracioso. Sentados en torno a un velador, formando con las manos abiertas la cadena magnética, el portero, Heriberto, su mujer y la seña Paca la cambiante. De oyente, Eustaquio, joven sordo, dependiente de un librero de viejo, que ostenta, a más de una magnífica corbata escocesa, una trompetilla que se acerca al oído cuando cree que le dirigen la palabra.)

HERIBERTO (con voz cavernosa). ¡Sombra de Javier de Montepín, responde a mis preguntas!

(La mesa empieza a patear desesperadamente.)

EUSTAQUIO (aplicándose la trompetilla). — ¿Qué dice?

LA SEÑA PACA (iracunda). — ¡Que se calle usted, que vamos a perder la cuenta!

EUSTAQUIO (con cara de idiota). — ¡Ah!

TOM MARINÉ (metiendo las narices en la portería). — ¿Ha venido el doctor Protesilao?

LA SEÑA PACA. — ¡Chist!

HERIBERTO (sin volver la cabeza). Sí, señor; ya ha empezado la conferencia. (Volviendo a lo suyo.) ¿Me oyes, Javier de Montepín?

(El velador da un golpe contra el suelo.)

HERIBERTO (traduciéndolo). — Dice que sí.

LA PORTERA (creyéndose en el teléfono). — ¡Oiga!

EUSTAQUIO (tímidamente). — ¿Qué dice?

(Nadie le contesta, y da suelta a un ruidoso suspiro.)

EL VELADOR (traducido siempre por Heriberto). — ¿Con quién hablo?

LA PORTERA. — Con el 94, Tesoro.

EL VELADOR. — ¿Qué me queréis?

HERIBERTO (que está muy intrigado con el desenlace de un folletín). — ¿Podrías adelantarnos quién fué el que mató a la condesa Marta en la noche del 23 de diciembre, cuando iba en fiacre al baile de la Embajada de Rusia?

EL VELADOR (iniciando un lánguido pataleo). — Fué Gastón.

LA SEÑA PACA (revolviéndose, cólerica). — ¡Pero si Gastón estaba en el Puente Nuevo esperando a que el vizconde le llevase la niña!

EL VELADOR. — ¡Fué Gastón! ¡Si lo sabré yo!

(Ulises y Alcides, siempre en seguimiento de Tom Mariné, llegan al primer piso. Vestíbulo desmantelado. A derecha e izquierda, peque-

ñas habitaciones iluminadas por luces de color violeta, bajo las cuales algunos socios reproducen, en forma más culta, la escena de la portería.

Fijada en un tablón, una cuartilla en que se lee: «15 de diciembre de 1908. A las 12 (p. m.) disertará en el domicilio social (Tesoro, 94) el presidente, doctor Protesilao López, sobre el tema *La trayectoria de la visión astral desde el apogeo de los Atlantes hasta nuestros días*.»

Con los recién llegados se cruza la Cloti, que da los últimos toques a su toilette de fantasma.)

ULISES (señalándola con un gesto de extrañeza). — ¿Qué es eso?

TOM MARINÉ (algo cortado). — Nada; es que ha venido un asociado millonario que quiere presenciar una materialización...

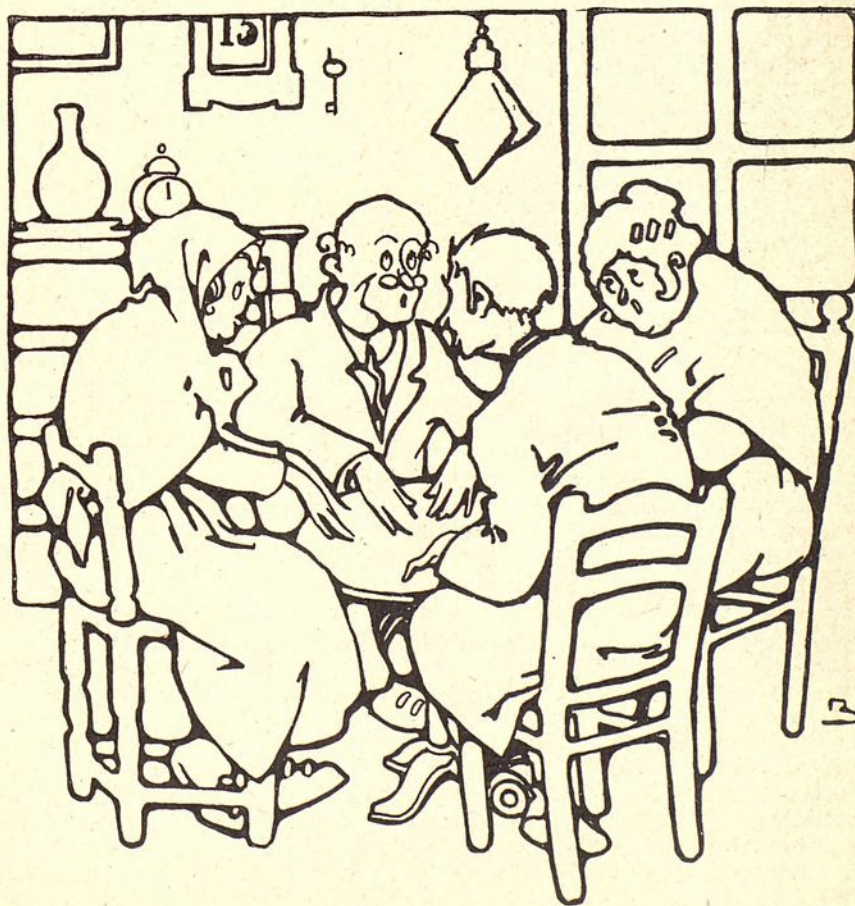
(Ulises y Alcides cambian una mirada de inteligencia.)

TOM MARINÉ (abriendo una puerta). — Me parece que llegamos tarde. Siganme ustedes sin hacer ruido.

(Entran en una habitación espaciosa, abarrotada de gente. Decoran las paredes retratos de Buda, Jesús, Allan Kardec, etc.)

Tras una mesa, el doctor Protesilao López perora apostólicamente. Interrumpe a veces su conferencia para beber un sorbo de agua, o bien para pasarse por la calva un desmesurado pañuelo de hierbas. Los recién llegados se acomodan en un rincón.)

EL DOCTOR PROTESILAO (enfáticamente). — ... Ahora, de aquella antigua raza de faquires, poseedores de la levitación, dotados de la visión astral, como acabamos de probar; extinguidos los últimos sacerdotes que ocultaron su sabiduría en las pétreas entrañas de las pirámides; desaparecida, asimismo, la fuerte raza azteca bajo la dominación española, quedan tan sólo — brasas de milenaria pira que conservan su ardor bajo la ceniza — los descendientes de los hindús autóctonos, que en los falansterios de la meseta tibetana laboran



— ¡Sombra de Javier de Montepín, responde a mis preguntas.

no más (1) el panal de su sapiencia. (Aplausos.) Es allí que hay que ir. Es allí que el velo de Isis aguarda la mano que, atrevida, ha de rasgarlo... (Transición.) Hasta ahora, nuestra *réclame* en la Prensa ha resultado infructuosa... (Reparando en Tom Mariné, que le hace señas designando a Ulises.) ¡Ah! Pero he aquí que esta noche me advino la revelación de que el hombre que ha de realizar tamaña empresa está cerca de nosotros... (Ovación.)

ALCIDES (dando un codazo a Ulises). — Ahora es la tuya.

EL DOCTOR PROTESILAO. — ... Está cerca de nosotros... Digo más... (Enérgico.) ¡Está aquí!

(Gran sensación.)

ULISES (poniéndose en pie, modestamente). — Servidor.

(Estalla en la sala una tempestad de aplausos. Cuatro jóvenes entusiastas cogen a Ulises en hombros, depositándole, en una actitud estatuaría, sobre la mesa presidencial.)

Cuando ha amainado en torno suyo el entusiasmo, ULISES habla así. — Yo soy un hombre sencillo, apasionado de la ciencia y de los viajes por tierra y mar (2)...

CAPÍTULO IV

Extracto del «Diario de viaje de Ulises Redingot».

«A bordo, a bordo; el viento impele ya por la popa tus velas, y a ti sólo aguardan.»
(SHAKESPEARE, Hamlet.)

«Mas la mar sobre todos los elementos se embravesecerá...»

(FRAY LUIS DE GRANADA, Libro de la Oración y Meditación.)

26 de diciembre. — A bordo del ***. — Hemos salido de Gibraltar esta mañana. Buen tiempo. Las costas de Africa se ven como una línea que tan pronto avanza hacia nosotros como se aleja perseguida por el mar.

He aquí que yo, antes piloto de la marina mercante que licenciado en Filosofía y Letras, me hallo, al fin, de nuevo en mi elemento. Sólo siento que el mar no esté picado.

(1) El doctor Protesilao López es guatemalteco, no más.

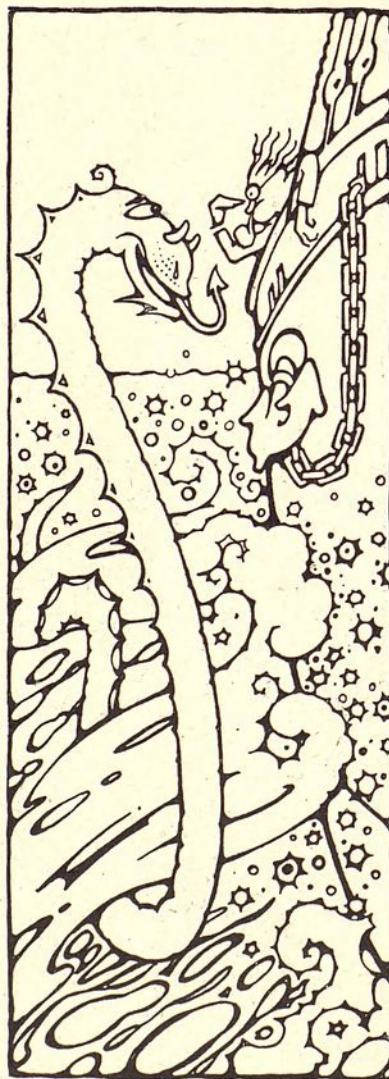
(2) Así empezó su discurso el gran Ulises. Su carácter de improvisación ha sido causa de que se perdiese esta inapreciable joya de nuestra oratoria. Lamentémoslo. (Nota de los autores.)

¡Oh, el placer de oír los rugidos del mar en las lóbregas noches de tormental...

La sangre de los antiguos almogávares revive en mí a la vista de la inmensidad azul.

28 de diciembre. — Dos días a bordo. En tan corto tiempo, el objeto de mi viaje ha dejado de ser un secreto. Yo no me explico cómo, ya que sólo he hablado de ello, y reservadamente, al capitán y a seis o siete pasajeros distinguidos, de primera clase. La atención de mis compañeros de viaje llega a serme molesta. ¿No podrían dejarme tranquilo?

Sólo una pasajera — miss Fly, inglesa, con rumbo a Bombay, como yo — permanece indiferente hacia mi popularidad. Se diría que no ha



... he visto una serpiente de mar...

reparado en mi presencia. Decididamente, es muy antipática.

El mismo día. — Pero ¿es que esa mujer no tiene ojos?

Las demás pasajeras vienen en peregrinación continua a rogarme que firme en sus álbumes. Ella contesta a mis saludos de un modo poco a propósito para inspirar confianza.

Debiera consolarme, porque los otros no son más afortunados.

4 de enero de 1909. — Esta noche he visto una serpiente de mar, de unos veinticinco metros de longitud y ojos fosforescentes. Notifiqué al capitán mi descubrimiento, y el muy imbécil no quiso conceder crédito a mis palabras. Estos marineros ingleses creen ser los únicos que conocen las cosas del mar.

El aire de superioridad que adoptan los hijos de la rubia Albión es insoportable; así miss Fly... (se llama Camellia, miss Camellia Fly).

Sí; poco agradable, pero... ¡tan hermosa!

Parece ser que estamos llegando a Port-Said.

7 de enero. — En el mar Rojo. — Mar picado.

Un joven de aspecto enfermizo que va a reunirse con sus padres en la India, una vez terminados sus estudios en Eton, es el primero que se marea. Un pastor protestante que hace por primera vez la travesía, se marea también.

A mí — ¡maldita coincidencia! — me ha hecho daño la comida, y esto da pie al capitán para afirmar con insistencia que soy una víctima del mismo mal.

¡Marearme yo! ¡Yo, que tantas veces hice el contrabando con faluchos de mala muerte, entre Argelia y mi tierra natal!

Pero ¿a qué molestarse en discutir con ese idiota de marino estirado?...

8 de enero. — Sigue picado el mar y más que picado. Yo, que he sido testigo de grandes tormentas, temo por la seguridad del buque. ¡Qué borrasca no se habrá desencadenado!

Mister Gay, el joven etoniano, infunde compasión. El pastor se repuso algo; pero otra vez mareado, tuvo que retirarse al camarote.

Hoy no son ellos solos; medio pasaje está enfermo.

(Se continuará.)

LAS COSAS DE LOS TEATROS

LOS FOCOS DE "EL ADMIRABLE CRICHTON"



Se estrenó en Eslava una comedia de Barrie, al mismo tiempo que en el Español se representaba una obra nueva de Pérez Fernández. Los críticos de teatros tuvieron que repararse entre los dos estrenos; si la producción inglesa era interesante, en cambio se ofrecía en el otro sitio la perspectiva gratísima de una interpretación de María Gámez.

Esta combinación, que supone las más graves complicaciones para los reviseros de los periódicos de la mañana, es de una gran facilidad y muy cómodo para los que han de hacer crítica en los diarios de la noche: los primeros tienen que ver una comedia y adivinar lo que sucede en la otra, y los segundos..., con copiar de sus compañeros matutinos, lo tienen todo resuelto.

Y se estrenó el *Crichton* de Barrie, y, como ya decimos, al mismo tiempo se puso la obra nueva de Pérez Fernández, que se titula *Arriba los corazones!*

El público juzgó como tuvo a bien las comedias de que nos ocupamos; en la primera — en la obra de Eslava — pudieron ver unos las cosas extraordinarias que se derivan de un naufragio; los otros, los del Español, apreciaron también el correspondiente naufragio: el de la comedia. Pero, en realidad, estos son detalles accesorios que en nada tienen relación con lo que nosotros vamos a referir.

Al día siguiente de los estrenos los periódicos de la mañana publicaban amplias reseñas con todo género de detalles. Un crítico — que no había visto la comedia de Eslava — llegaba en su minuciosidad a referir de cómo en una isla desierta se encendían unos focos — que no existen — para hacer señales al buque que había de salvar a los naufragos protagonistas de la obra. Otros críticos se extendían en lar-

gas consideraciones filosóficas completamente personales e inco- piables.

¿En quién se iban a inspirar los periodistas de los diarios de la tarde? Se optó, sin dudar, por la versión del primero: los «focos» de la isla desierta eran tentadores.

Por la tarde, en tres revistas de otros tantos periódicos, brillaban con intensidad máxima los «focos» del *Crichton*...

Martínez Sierra, traductor y adaptador de la obra, leyó asombrado y vacilante aquellas afirmaciones inexplicables, y llegó a pensar en que era ineludible colocar una instalación eléctrica supletoria en la isla desierta...

¡El público de la segunda representación se llamaría a engaño,

porque iba a creer que se le hurtaba el detalle en que tanto hincapié hacían los periódicos! ¡Cuatro importantes periódicos!

HOMENAJE A BENAVENTE

Hicimos un homenaje de despedida a Jacinto Benavente y a Lola Membrives, que marchan en pos de gloria y dinero a la República Argentina.

Faltaríamos a la verdad si ocultásemos que aquello tuvo caracteres de catástrofe. El Sr. Barcia, que ofreció el banquete con cálidas frases, tuvo el lamentable olvido de no intercalar en su discurso la más pequeña idea. Habló, habló, se puso muy triste, empleó acentos lamentosos, palabras entrecortadas... Por fin cayó rendido y calló emocionado, mesándose el cabello, apretujándose la cabeza...

¡Ni una idea!

El Sr. Blanco (D. Rufino), piadoso, quiso subsanar la falta. «¿No has dicho nada? — pensó —. Pues yo diré por ti y por mí.» Y dijo...

Dijo que Platón y Aristóteles, juntos, vendrían a tener un valor de pensadores equivalente al del homenajeado... Dijo que la obra de D. Jacinto era superior en todo a la de Lope de Vega... Y esto le causaba a él mismo tal extrañeza, que se preguntaba trémulo y horrorizado: «¿Qué tendrá este hombre dentro de la cabeza?»

Y D. Rufino, que es pedagogo y autor de un libro de historia literaria, terminó su discurso sin poder resolver su horrible duda...

El Sr. Izquierdo — a mí me parecería mejor el señor Siniestro — peroró a su vez.

¡Cómo nos puso! Nos echó en cara que dejábamos marchar a Benavente sin concederle importancia alguna, y que éramos unos desagradecidos; agregó que D. Jacinto se iba amargado, asqueado; que no volvería nunca... Sentó de un modo terminante que él — el orador — era un rebelde y un poeta inédito y desconocido... Volvió a meterse con nosotros, y con Benavente,



Dib. LÓPEZ RUBIO.

Juan Bonafé en La señorita Ángeles, estrenada en el teatro del Centro.

aunque todos permanecíamos mudos, y, ¡por fin!, no le tiramos los platos a la cabeza.

Visto lo cual, el heroico y simpático Manolo Merino se levantó para rectificar:

—Yo, señores — dijo —, no soy ni un rebelde ni un poeta inédito. Tampoco vengo a injuriarles a ustedes. Apenas he bebido. Creo que Benavente, en uso de su perfecto derecho, se marcha a la Argentina con la Membrives rodeado de nuestra admiración y nuestro afecto, y que volverá con mucho dinero y con muchos laureles...

»Demos a ambos viajeros nuestro adiós cariñoso, deseemos su pronto regreso..., y vamos a tomar un poco de tila, a ver si se nos quita este ataque de histerismo...»

Don Jacinto, después de otras varias intervenciones oratorias, habló al fin:

— Marchar — exclamó — es morir un poco...; pero antes de irme van a matar los oradores de un disgusto. Casi todos ustedes son tontos de remate, y yo, que no lo soy, estoy indignado por ese afán de ponerme en evidencia... Si lo sé, no vengo. Si no saben ustedes o no pueden beber, absténganse en absoluto... Yo me voy porque quiero, y no tolero que se me proteja de ese modo humillante. ¡Faltaría más! Ni yo soy un vencido, ni son discretas las lamentaciones que esas *cogorzas* sentimentales les han sugerido... ¡Váyanse ustedes... mucho con Dios!...

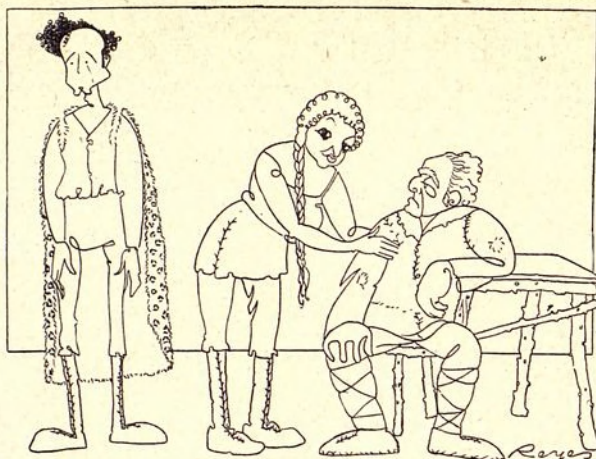
»¡Ah! Y a ese hombre que preguntaba qué es lo que yo tengo en la cabeza, he de decirle que, desde luego, no es corcho, como sucede, por desgracia, en muchas de las que aquí veo...

»Y si lo duda, no tengo inconveniente en legarle mi cerebro, para que compare, el día en que tenga la condendencia de morirme...

»Y... ¡adiós, muy buenas!»

Estas o muy parecidas razones expuso el ingenio, a quien, muy de verdad, envió desde BUEN HUMOR mi despedida cordial y mi exculpación sincera... ¡Yo fui al banquete de buena fe, D. Jacinto!

José L. MAYRAL.



Dib. REYES.

Señorita Santaularia y Sres. Collado y Baena, del teatro Eslava, en El admirable Crichton.

Del Real a La Latina, pasando por Fuencarral.

(Chismorreo, chirigoteo, algo de información y su poquito de gualicheo.)

— ¿Qué novedades hay por esos teatros?

— La reaparición de Catalina Bárcena en Eslava; un estreno en el Rey Alfonso, del que ya nos habla Mayral, y la preparación de un sensacional estreno en Martín.

— ¿Sabe usted algo?

— ¡Y aun algo! Sorprendí una conversación sobre el caso, y como la indiscreción es mi norte, allá va: se trata de una obra al uso de aquel coliseo.

— ¿Título?

— *El pecado original*. Se desarrolla la acción en el Paraíso...

— No la van a ver desde las butacas...

— ¡No sea usted bruto, Berúlez! Me refiero al Paraíso terrenal.

— ¡Originalísimo! Pero eso no puede ser una zarzuela; a lo sumo, un diálogo entre Adán y Eva.

— No, señor; que también habla la serpiente, y canta el ruiseñor, y hasta la zorra dice lo suyo.

— ¡Muy interesantel...

— En el primer cuadro no intervienen nada más que animales, muy extrañados porque, al decir de la urraca, han visto pescando en el Tigris un bicho desconocido...

— ¿Adán?

— El mismo. Su extraña figura sorprende a las bestias. El canguro

cree que se trata de un ser divino; pero la zorra asegura que le ha visto rascarse el interior de las narices con un dedo. «Será un cerdo», opina el buey. Y, en esta duda, ataca la orquesta, y sale Adán vestido a la última moda de la época, con las manos en los bolsillos, y tocada la cabeza con un hongo canela de piel de canguro reformista.

— Y ¿qué hace?

— Se quita el hongo y se aplasta en una seta, caviloso, mientras un coro de lechuzas comenta su aparición.

— Siga usted.

— Para no cansar, le diré que al final del primer cuadro surge Eva, y que cae el telón con este diálogo:

«ADÁN. — Eres bella, mujer; pero tus caprichos son constantes. Media hora hace que viniste, y ya me has pedido un coco, dos pieles y una cena en el Eufrates-Club.

»EVA. — No olvides que he salido de tu costilla...

»ADÁN. — Habrás salido de una costilla; pero me vas a salir por un riñón...»

— Siga usted.

— No me queda tiempo. Pero le prometo contarle la semana que viene el segundo cuadro, que es definitivo.

— ¿La faena de la serpiente?

— Exacto. Contactan nuestros primeros padres, y terminan por dejar el árbol del bien y del mal... con las ramas únicamente. Entonces se escucha una voz tonante que interroga: «¿Qué has hecho, Adán, que has hecho?» Y Adán responde: «¡Lo que se ha podido, buena-mente!»

EL LORO DEL RIN



Los números atrasados de BUEN HUMOR se hallan de venta en el puesto del Bar Sol, esquina a la calle de Carretas.



LA BARAJA DEL AMOR

(Epistolario cómicoamoroso.)

XX



QUERIDO Heliodoro: Contesto a tu amable carta del 21 insistiendo en que des mis poderes a un buen abogado. Antes de fin de año quisiera resolver mi situación. ¡No puedo más!... Si seguimos juntos, me busco un presidio.

«Si salen mal los matrimonios — me decías — por amor, ¿cómo vas a salir tú, que te casas por la vil moneda?»

¡Qué razón tenías!... ¡Me engañó aquel D. Felipe Jiménez!

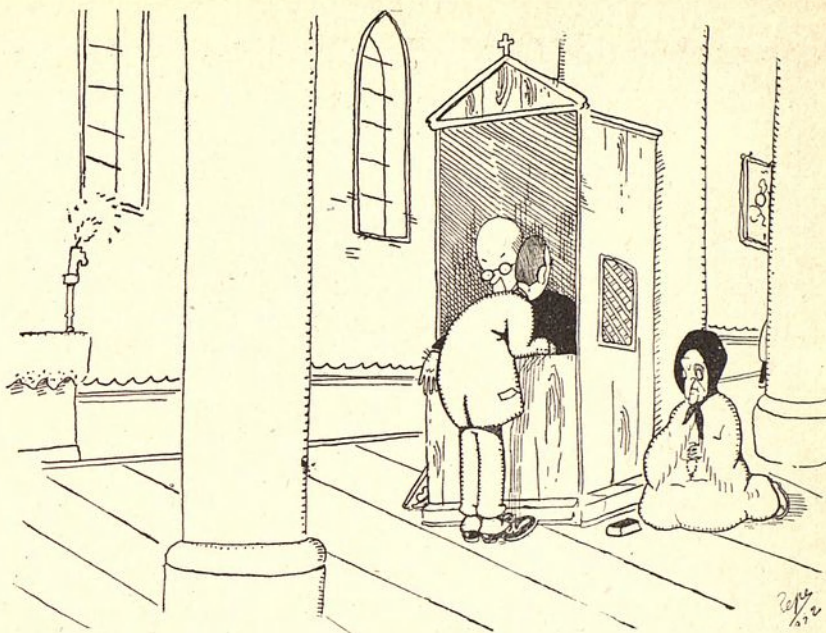
Tú de sobra sabes que me había conformado a vivir en el pueblo, y eso que pasaba por tener que pedirle a mi suegra hasta los diez céntimos que cuesta el A B C — ¡Soy admirador de Melitón González! —. Pero lo que no puedo aguantar, lo que me subleva, es que estos paleteros me critiquen porque no me levanto con el alba, porque no vigilo a los braceros, porque no voy todos los días al molino.

¡Serán beduinos!... ¿De modo que de día a matarme trabajando, y de noche... a acostarme con mi mujer, que es un consumero con corsé y pelerina?...

¡Que no, que no y que no!... Si yo hubiera tenido madera de trabajador, no me habría casado con este loro pueblerino.

He vuelto a leer tu carta, y aunque me han hecho dudar tus consejos, me decido a abandonar a mi mujer. Si no me pasa para los alimentos, mejor: así como así, lo que como en casa de mi suegra se me vuelve veneno...

Me preguntabas en tu última si mi mujer era buena para mí. Es de lo bueno bueno, lo pegajoso. Me quiere a cegar, como vulgarmente se dice, y tiene celos hasta de mis cuñadas. De mis cuñadas, que — ¡asómbrate! — las llaman en el pueblo ¡las feas dobles!... Cómo serán, que cuando lloran los chiquillos del lugar y quieren amedrentarlos, les dicen: «¡O te callas, o llamo a las feas!» Las feas son mis cuñadas y mi mujer.



CONFESIÓN

Dib. PEPE — Ávila.

— ¿Se acusa usted de haber soltado algún taco?

— Sí, padre. Esta tarde, cuando acabé de jugar al billar...

Comprenderás, querido Heliodoro, que resistir un día más, sería acreditarse de tonto.

Ya que eres tan bueno, ayúdame hasta el fin. Mañana, sábado, me pones un telegrama urgente, «de madrugada», alarmantísimo, diciéndome que salga en el primer tren porque mi madre está gravísima — ¡El Señor me perdone esta superchería! —. Me pones el telegrama, repito, a las once, para que llegue aquí a media tarde y no tenga tiempo mi mujer de acompañarme. ¡Cómo voy a respirar el aire de mi pueblo, de mi Madrid de mi alma!

En la Puerta del Sol no le tengo miedo ni *al de la Krim*; pero aquí, en el pueblo, estoy siempre que no me llega la camisa al cuerpo. Figúrate qué genticita será la de este lugarejo, que el año pasado entre el alcalde y el médico mataron al cura en un monte próximo, y dijeron que había sido víctima de un accidente fortuito. Tenía el pobre sacerdote la cabeza machacada con una piedra, y en las manos, huellas de haberse defendido...

¡Más fortuito no podía ser el accidente!

Hasta el domingo, querido Helio. Me voy a *pegar* una vida de perro

de lujo, que me voy a *mondar*. Le he quitado a mi suegra unas mil trescientas pesetas que tenía escondidas tras un espejo. Sabe Dios cuándo lo notará; pero, aunque lo note, no puede decir nada, porque ella a su vez se lo ha quitado a mi mujer poco a poco.

Como ves, sobre que me pertenece por ser de mis hijos, «quien roba a un ladrón...», «las costuras le hacen llagas».

Por tus muertos, Heliodoro, que me pongas el telegrama urgente. Si me esperas en la estación, di que no comes en tu casa y ten preparada una cuchipanda en *Los Gabrieles*, con *furcias*, y Chacón, y Ortega y su hermana.

Se me hace la boca manzanilla sólo de pensarlo.

¡Adiós! Te quiere tu mejor amigo, tu hermano,

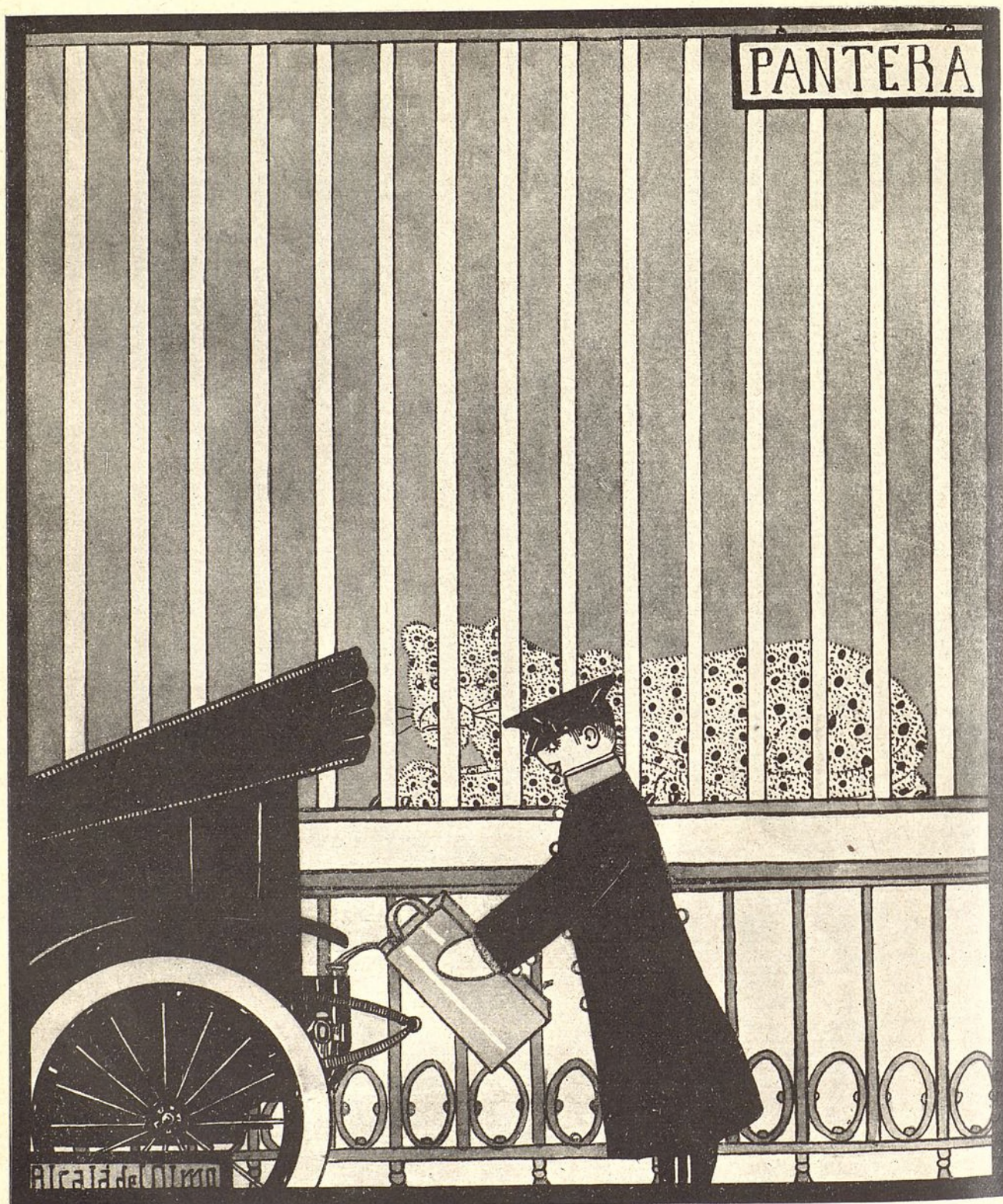
PACO.

Villaperdices de Abajo, hoy jueves, penúltimo día de mi cautiverio.

Adiós otra vez, y no te olvides de que estoy peor que en Alhucemas. — Vale.

Por la goma y las tijeras,
que no saben firmar,

TORRES-ASENJO



Dib. ALCALÁ DEL OLMO. — Madrid.

— ¡Chófer, hágame el favor de apartar la bencina, porque se me pueden quitar las manchas!...

Ayuntamiento de Madrid

ANUNCIOS RECOMENDADÍSIMOS

HAY QUE LEER UN RENGLÓN SÍ Y EL OTRO TAMBIÉN

Señora viuda, joven, calagurritana, desea alquilar habitación a caballero con o sin. Lo preferiría con. — Ceres, 17.

Hacen falta: Una muchacha para ejercer, en cocina de casa importante, funciones de pincha y ayudanta de fogón; y otra que sepa coser a la máquina. La maquinista ganará diez duros, y la fogonera seis. — Ferrocarril, 4.

Señora muy bien educada acompañaría por las tardes a señorita, fuese adonde fuese, como fuese y con quien fuese. Habla francés; pero cuando es conveniente callarse, no habla una palabra. — Callao, 22.

Urgen aprendices de sombreros. Ganarán diez pesetas de la copa y cinco del ala. — Cabeza, 8.

Benito, fotógrafo, hace seis americanas por un duro. El ilustre general Weyler se surte en esta casa, porque dice que es donde ha tenido la suerte de encontrar las americanas más baratas. — Plaza del Rastro, 7. ¡Acordaos de Weyler, del Rastro y del siete!

Academia de esgrima. Golpes «secretos» sistema Cavour. De espada, cinco pesetas. De florete, cuatro. Especialidad en sablazos desde setenta y cinco céntimos en adelante. — Mr. Gorrón, Pez, 1.

¡¡BEBEDORES!!

VINO DE LA GUARDIA
(GUÍPÚZCOA)

Cuatro pesetas arroba.
Embotellado «Guardia», 75 cts.
«Guardia», sin casco, dos reales.

DELEGACIÓN EN MADRID
Batalla del Salado (¡ole!), número 100 (¡puaf!).

Calzado baratísimo, de fabricación francesa. Precio único, treinta pesetas el par. Aprovechad la ocasión que se os presenta de ser dueños de un par de Francia por seis duros. — Plaza de las Descalzas, 15.

Puños para pegar. Más barato que nadie. Academia de boxeo. — Puñonrosto, 42.

¡ASOMBROSO! ¡INCREÍBLE! ¡INVENTO SORPRENDENTE!

Comprad en la Farmacia Checoslovaca, Ternera, 4, las estupendas recetas para poder elaborar uno mismo toda clase de aguas minerales: Vichy, Solares, Insaluz, Evian, etc.

PAQUETE CON EL QUE PUEDEN
OBTENERSE SEIS LITROS

UNA PESETA

¡¡Todo el mundo puede hacer
aguas en su casa!!

CASAMIENTO VENTAJOSO

Señorita honrada, cincuenta y nueve años, natural y de pecho de San Felú de Guixóls, casaría con joven de veintitrés a veinticinco por ocultar mancha de familia procedente de fabricante de aceites de Castellfullit. Escribid a Joaquina Mora. Absoluta reserva. Se advierte que la mancha de la Mora es un hecho privado, completamente desconocido de familia y amigos. La documentación y los poderes para el matrimonio han de enviarse a la agencia de casamientos

¡ME CASO CON VEINTICINCO!

Consejo de Ciento, 200, Barcelona, que es la encargada de todas las diligencias... y de algunos automóviles, ómnibus y coches de punto.

CAFÉ DE NUEVA YORK

ESTABLECIMIENTO MODELO

PERSONAL EDUCADÍSIMO
Y VESTIDO CON ELEGANTE «CHIC»

PRIMERA CASA EN MADRID
DONDE SE SIRVE EL CAFÉ CON
MEDIA..., CON CALZÓN CORTO
Y CON CASACA

Puerta del Sol, 126.

Compro casa. No admito corredores. Si acaso toleraría dos o tres pasillos. — Romanones, 1, y Cojos, 10.

Por diez pesetas al mes enseño el alemán, el italiano, el francés, el árabe y la mejor manera de guisar la lengua de vaca con champignons. ¡Cinco lenguas por dos duros! — Calle de la Comadre, número 11.

Se venden dos curiosísimas colecciones de *La Lidia* y un interesante tomo con los números del primer año del gran periódico inglés *The Times*. Las primeras están encuadradas con pergamino, y el *The*, con pastas. — Razón en el hotel Ritz, a las cinco de la tarde, camarero número 2.112 (capicúa).

Riquita: Ayer no viniste cine. Toquéme narices. Película larguísima hoy. ¿Vendrás? Ocasión la pintan calva. No hagas que sospeche papá: prohibírate salida y a mí entrada. Ya sabes que autor de tus días es la moral con pantalones; y digo la moral con pantalones, porque sin pantalones no hay moral posible. Escribe Continental Hache; yo, erre que erre. Tu Efe Ese Eme.

Se rifa un piano «Erard», casi nuevo, en combinación con la Lotería Nacional. Diez céntimos la papeleta. ¡Por un perro gordo puede tocar un piano, cosa que hasta hoy no han hecho por esa cantidad más que las pianolas de los tupis!... Pedid las papeletas a doña Tecla Suave, Marqués de Toca, 3.

RESTAURANT RUSO

DEHESA DE LA VILLA

CUBIERTO, 5 PESETAS

EL ÚNICO RUSO DEL MUNDO QUE
TIENE QUÉ COMER

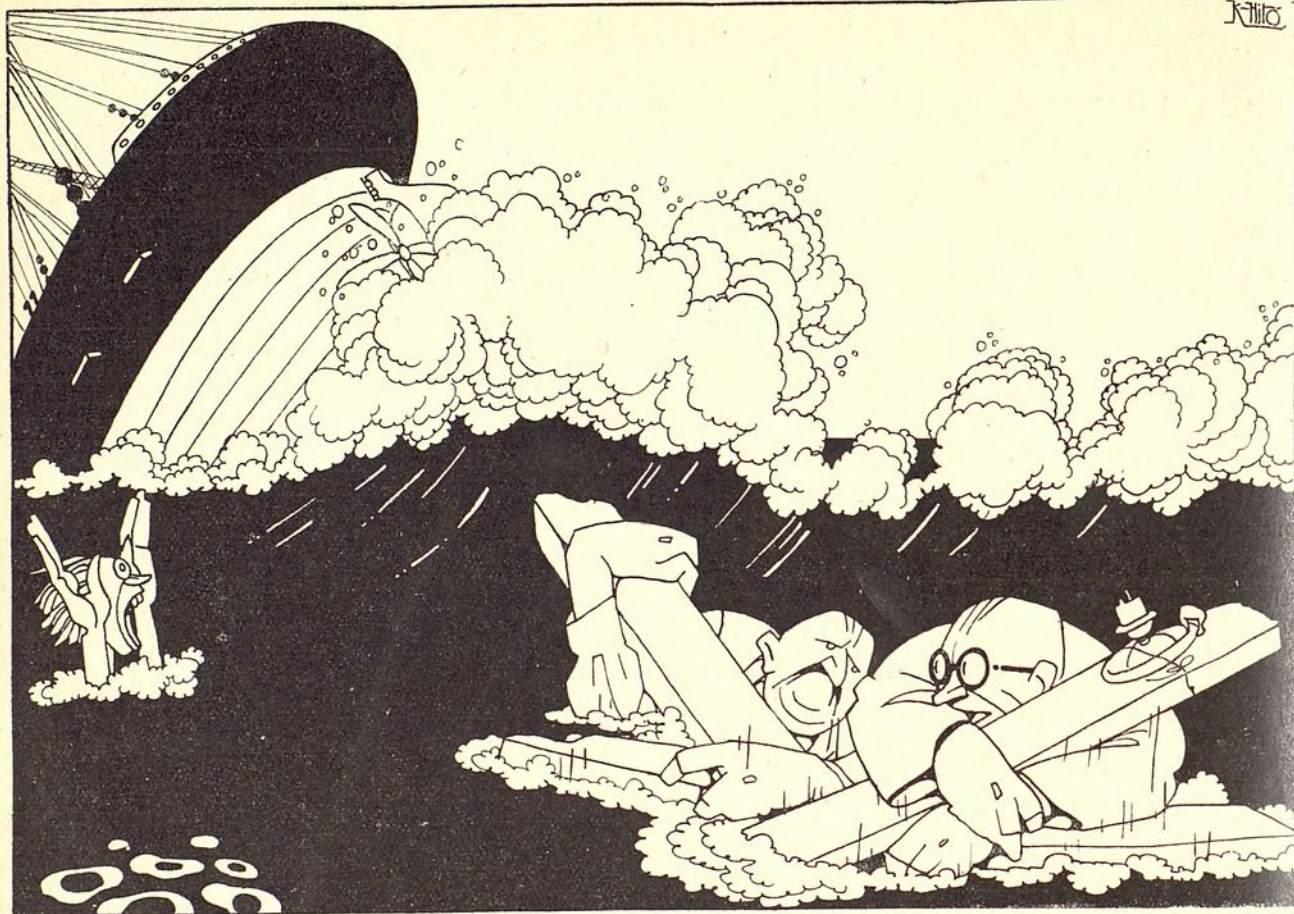
¡Poetas, concejales, ex gobernadores, no dejéis de ir a comer a la Dehesa!

¡Filatélicos! ¡Coleccionistas!

Vendo en catorce reales los cuatro primeros sellos de antipirina despachados por el antiguo Dr. Garrido. Están usados, lo cual acrecienta su mérito extraordinario. — Correo, 50.

Agencia anunciadora:

NESTOR O. LOPE



Dib. K-Hito. — Madrid.

— ¡Sí, hombre!... Es Tonnini, el famoso tenor. ¡Y es una lástima que se ahogue, porque canta muy bien!...
— Sí; pero no tiene tablas...

EL BUEN HUMOR DE NUESTROS CLÁSICOS

EL VIDRIERO Y LAS MONAS

De una dama era galán
un vidriero que vivía
en Tremecén, y tenía
un grande amigo en Tetuán.
Pidióle un día la dama
que a su amigo le escribiera
que una mona remitiera;
y como siempre quien ama
se desvela en conseguir
lo que su dama le ordena,
por escoger una buena,
tres o cuatro envió a pedir.

El tres o cuatro escribió
en guarismo el majadero,
y como es allí la o cero,
el de Tetuán leyó:

«Amigo, para personas
a quien tengo voluntad,

luego al punto me enviad
trescientas y cuatro monas.»

Hallóse afligido el tal;
pero mucho más se halló
el vidriero cuando vió
contra su frágil caudal,
dentro de muy pocos días,
apearse con estruendo
trescientas monas, haciendo
trescientas mil monerías.

CALDERÓN DE LA BARCA

✽ ✽ ✽

EPITAFIO DE UN MÉDICO

Enseñé, no me escucharon;
escribí, no me leyeron;
curé mal, no me entendieron;
maté, no me castigaron.

Yo con morir satisface.
¡Oh muerte! Quiero quejarme.
¡Bien pudieras perdonarme
por los servicios que te hice!

LOPE DE VEGA

✽ ✽ ✽

A ELIA

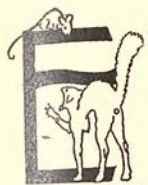
Cuatro dientes te quedaron
(si bien me acuerdo); mas dos,
Elia, de una tos volaron;
los otros dos, de otra tos.

Seguramente toser
puedes ya todos los días,
pues no tienen tus encías
la tercera tos que hacer.

ARGENSOLA

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL DELIRIO DE PAPELOTE, por Max y Alex Fischer.



El conocido editor señor Papelote estaba en cama. Hasta el viernes pasado fué prohibida la entrada en su alcoba a los amigos que acudían para interesarse por su salud. Pero aquella tarde la señora de Papelote guió a los señores Alhelí, Guasivo, etc., etc. (en total, a los treinta y dos autores de la casa), hasta la habitación ocupada por el enfermo. Los visitantes contemplaron breves momentos a su amigo en el lecho del dolor, mientras la señora les explicaba a media voz:

— Aun tiene algo de fiebre; pero, según el doctor, ha desaparecido ya todo peligro.

Ya iban a retirarse para no turbar el reposo de Papelote, cuando éste comenzó a delirar:

— ¡Acérquense..., acérquense, mis buenos amigos!... Tengo que hacerles una confidencia, una dolorosa revelación... ¡Yo..., yo les he explotado inicualemente!... Van ustedes a insultarme..., a odiarme..., a desearme toda clase de males; ya lo sé. Algunos de ustedes deben al casero tres mensualidades; otros han acabado por persuadirse de que un sastre es un sujeto que trabaja por altruismo, sin esperanza de retribución... Pues bien: debo hacerles saber hasta qué punto han contribuido ustedes a edificar mi colosal fortuna.

La mirada de Papelote pareció buscar entre los circunstantes a Alhelí, el sutil novelista que hace las delicias de sus lectoras. Y prosiguió:

— ¡Mi querido Alhelí..., perdóname, pobre amigo! ¿Usted cree que de su *Corazón almohadillado* no se han vendido más que cuatro ediciones?... ¡Qué error!... ¡Con las tiradas clandestinas, he llegado a ochenta y tres ediciones!... ¡Y he vendido de un golpe quinientos mil ejemplares en América!

Todas las miradas convergieron en Alhelí.

— ¡Está usted ahí, Guasivo? — continuó Papelote, dirigiéndose al más intencionado de los escritores satíricos —. ¿Cuánto cobró usted por su incomparable *La coliflor histérica*?... ¿Cuatro mil pesetas?... ¡Yo he ganado con esa novela..., oiga bien esta cifra formidable..., yo he ganado con esa novela sesenta mil duros!

Los treinta autores restantes fueron sucesivamente nombrados por Papelote, como víctimas de colosales engaños y de expoliaciones inauditas.

La esposa del editor estaba consternada.

— ¡Qué delirio! — pensaba —. ¡Es espantoso! ¡Bien he visto yo en los libros de caja que todo eso es falso!... Pero ¿qué van a pensar estos señores?... ¡Pobre marido mío, po-

brecito!... ¡El mismo va a labrar su ruina!

Abrió la boca para intervenir. Pero no tuvo tiempo. Un fuerte murmullo se extendió por toda la alcoba. Era la misma palabra repetida hasta el infinito.

— ¡Éxito!... ¡Éxito!... ¡Mi éxito!... ¡Tu éxito!... ¡Nuestro éxito!...

Los presentes no cabían en sí de júbilo.

— ¡Es maravilloso! — prorrumpía Alhelí —. ¡Quinientos mil ejemplares vendidos más allá del océano!... ¡Ya no me extraña mi notoriedad en América!

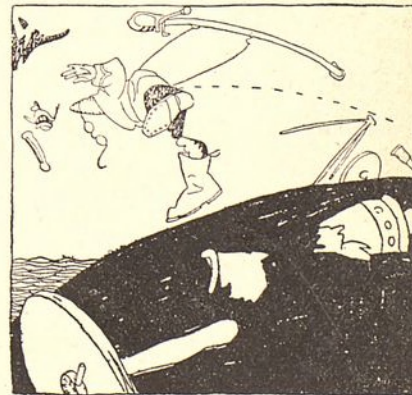
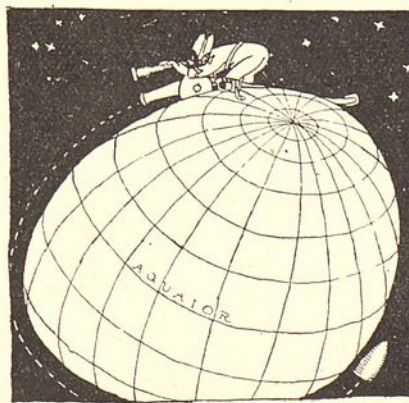
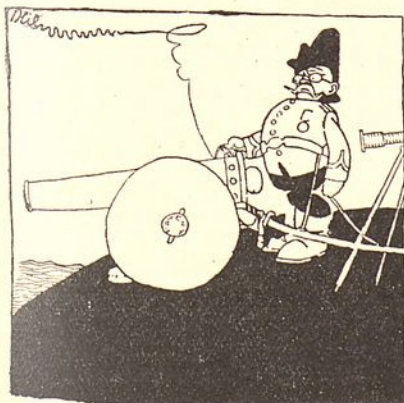
— ¡Sesenta mil duros! — exclamaba Guasivo —. ¡Han podido robarme sesenta mil duros!... ¡Prueba indudable de que *La coliflor histérica* es una obra maestra!

— ¡Es prodigioso, estupendo! — decían todos los demás —. ¡Este Papelote es un editor incomparable! ¡Y yo pensaba buscar otro!

Los señores Alhelí, Guasivo, etcétera, etc. (en total, los treinta y dos autores de la casa), saludaron respetuosamente a la señora de Papelote:

— ¡Mañana, y pasado, y todos los días, si usted nos lo permite, vendremos a ver cómo sigue nuestro entrañable amigo! Ahora vamos a trabajar para poderle traer una nueva obra tan pronto como esté restablecido.

A. G.



HISTORIA DE UN CAÑÓN DE LARGO ALCANCE

(Del Simplicissimus. — Munich.)

CONCURSO DE TÍTULOS Y LEYENDAS

Terminado el plazo de admisión de trabajos con destino a nuestro concurso, empezamos hoy — y continuaremos en números sucesivos — la publicación de los que mejor nos han parecido entre los *tres mil ochenta y dos* originales que han llegado a nuestra Redacción.



DESPUÉS DE LA LOCA AVENTURA

EL FRANCÉS. — Acaba, hijito, acaba tú el derribo..., que luego construirás para mí.

P. CRUZ. — Madrid.

EN TÁNGER. — ON PARLE FRANÇAIS

EL FRANCÉS. — Qu'est ce que tu fais?

EL MORO. — No ser Fez, señor; ser Tánger.

CARLOS L. DE UBIETA. — Madrid.

ESTO SERÁ LO QUE SEA. — ¡SABE DIOS LO QUE SERÁ! — YO NO LO SÉ; EL QUE LO VEA, — SI LO SABE, LO DIRÁ

Marruecos hincando el pico en la civilización. Francia, en tanto, hace su affaire, y España está en el rincón... (en el rincón de la derecha, que no aparece en el dibujo).

J. LAMAS. — Valladolid.

ANTE LAS RUINAS

EL TURISTA. — Estos destrozos los han producido las bombas y granadas de los españoles, ¿no?

EL MORO. — Sí; pero en la actualidad no son ellos, sino nosotros los que estamos echando bombas.

FEDERICO GALINDO. — Madrid.

CLARIVIDENCIA

ABD-EL-ALDIJE. — Pasa, pasa sin cuidado; estar arco segura.

CANTALACIERVA. — ¡Que pase tu padre, que yo conozco demasiado la leyenda del «muñeco»!

ABD-EL-ALDIJE. — ¿S'habrá figurao que éste es el otro huerto del Francés?

ANTOVARDO. — Jaén.

EL ÚLTIMO GORDO EN ÁFRICA

EL GORDO. — ¿Se me permite la penetración pacífica?

EL MORO. — Sí. Estar amigo...; pero te va a costar «un pico».

PABLO ZAMORANO. — Bilbao.

IR POR LANA...

EL TURISTA. — Y bien, apreciable berebere, derribada la puerta, ¿qué piensas hacer del hueco?

EL MORO (rápido). — ¡Aujeros pa cañones!

ANÓNIMO.

CORRESPONDENCIA
MUY PARTICULAR

Rogamos un poco de paciencia a los espontáneos que nos honran con su colaboración y que nos escriben solicitando contestación urgente. Son muchos los originales que recibimos, y a todos — si vienen con el cupón correspondiente — contestaremos cuando les llegue su turno.

Antón Trijueque. Madrid. — Mogador. Segovia. — E. V. Madrid. — William Ho. Toledo. — Manden otra cosa, a ver si está mejor.

P. P. Madrid. — Tiene usted razón: ¡los hay peores! Ahora, que esto no quiere decir que su dibujo no sea muy flojito.

J. B. Valencia. — Puede usted remitir el importe del trimestre por giro postal; pero tenga usted entendido que si sus originales no nos gustan, no los publicaremos ni aunque sea usted suscriptor.

S. V. Málaga. — ¡Si viera usted los dibujos que tenemos con ese mismo asunto, y que tampoco publicaremos!... ¿Vamos a dejar en paz a los médicos? El chiste puede usted aprovecharlo con otro dibujo, sin necesidad de que figure en él la antipática mesa de operaciones.

M. M. R. Campinas (Brasil). — Los dibujos nos gustan. Lo que no nos satisface son los chistes. Insista usted, procurando que los asuntos tengan gracia.

N. V. Logroño. — ¿De modo que usted pide que antes de publicar su cuento titulado *Amor*, le enviemos una prueba?... ¿Una prueba de *Amor*?

«¡No, señor! ¡No, señor!»

R. G. Madrid. — Sus versos, fáciles e inspirados, son más ingenuos que la *Chelito*... de ahora. Picardía, joven, y envíe otra cosa.

P. Z. Bilbao. — Muy real lo que relata, sí, señor. Y tan cálido el relato, tan juvenil, que en cuanto lo leímos, nos dijimos: «¡Esta pluma es de un pollo!» Lo lamentable es que, por su índole, no entra en nuestra orientación.

E. Z. Madrid. — Larguísimo. Bien escrito; pero larguísimo.

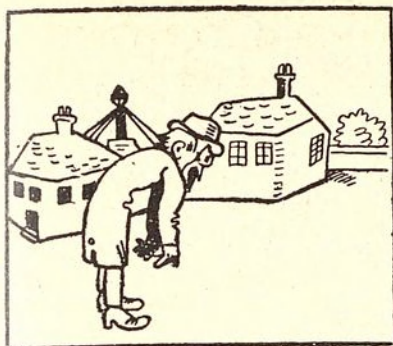
V. G. Madrid. — Hay entre sus *Disquisiciones* una publicable. Esta:

«Cesaron las *sfumatas*, el Conclave se ha *sfumati*, ya tiene jefe la Iglesia, ¡ya tenemos pa... pa Rati!»

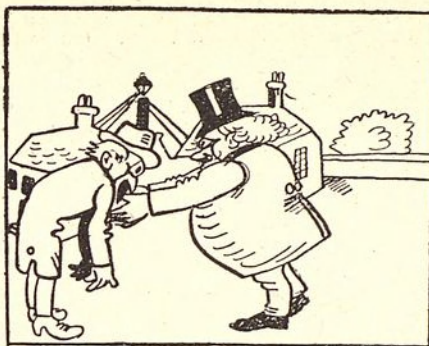
¡Y como ve, ya la hemos publicado!

F. León. Madrid. — ¡Diez cuartillas así, y escritas con una letra así... ¡Esto no puede seguir así! ¡Laconismo, joven, laconismo!

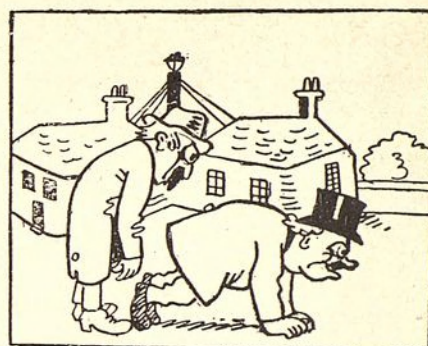
P-pito B-cerro. — ¡Muuu... chas gracias! Pero le falta alguna sintaxis, cierta prosodia y determinada ortografía. Por lo demás, está bien... ¡Está bien que nos envíe algo más cuidado en otra ocasión!



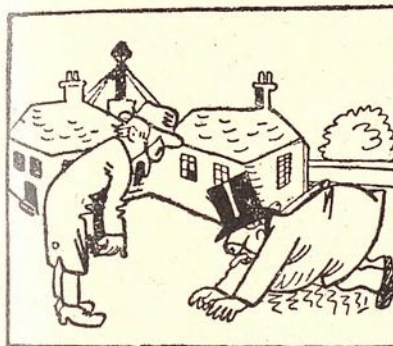
— ¡Qué calamidad!... ¡Qué catástrofe!... ¡Qué desgracia!...



— ¿Qué le pasa a usted, pobre hombre?
— ¡Que acabo de perder cinco duros!...

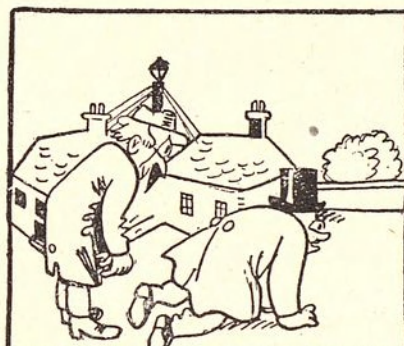


— Yo se los encontraré a usted.
— ¡Oh!... ¡No lo creo!...

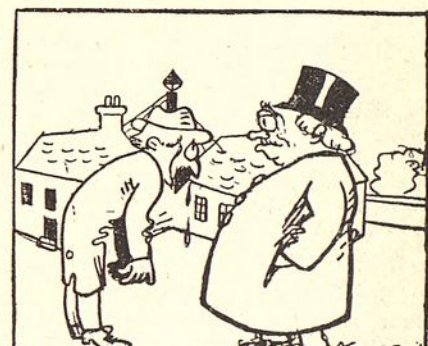


— Probablemente, no habrá usted buscado bien...

(De Le Rire. — París.)



— ¡Oh!... No lo creo..., porque...



— Porque... ¿qué?
— ¡Porque donde los he perdido ha sido en la ruleta!

J. S. M. — ¡Largo! No es que le echemos. Es su trabajo, caballero. Vea *La Verbena de la Paloma* y consulte al marido de la señá Rita: «Hay que comprimirse.» Si no le convence, consúlteselo usted a Rita.

R. F. Madrid. — Ahí van las respuestas, por orden: 1.^a Ese concurso está más cerrado que el sepulcro del Cid. — 2.^a Por una sola cara y en caracteres legibles, nos es carrafuente que vengan a mano o a

máquina. — 3.^a Pagamos todo lo que se solicita. Aguzando el entendimiento, no tardaría usted en verse muy solicitado.

H. P. León. — Pero... ¡Sr. H. P.! ¡Cuarenta cuartillas! ¡40, H. P.! ¡Eso es un atropello!

P. Lote. Avila. — No lo publicamos por respeto a la propia mujer... y a la mujer propia, jovencito.

Aser Docampo. Orense. — Es mucho más fácil Aser... Docampo, que aser de reír; créanos usted, jocundo celta.

J. A. B. Coruña. — Sus pensamientos, ¿son de jardín..., de mar o de río?... Hace más de medio siglo que eso que dice usted lo dijeron otros. ¿Usted no estaba enterado de eso?... Pues ya lo sabe usted.

A. P. — No se exalte, y... vaya temprano a la oficina.

G. C. de A. — Usted no se ganará la vida haciendo versos, ¿verdad? ¡Ya!... ¡Por eso!

F. I. L. Valdepeñas. — No está mal escrito. Un poquito candoroso. Hay que tener más travesura...

N. G. M. Pamplona. — Pero ¿de verdad creía usted que eso era publicable? Vamos, tranquilícese, que no será nada... ¡San Fermín le ampare a usted!...

R. P. I. Murcia. — Si, señor, sí. La vida es eso que dice usted, sólo que un poquito más larga y un poquito más ancha. Y aho-

ra, una pregunta: ¿están así bien sus iniciales, o hay que alterar el orden? Como continúe usted enviándonos esos esperpentos, lo alteramos nosotros sin su permiso.

Rudesindo. — Querido Rudesindo: El martes le escribiremos...

Abel. — Bueno, abel si no escribe usted más tonterías.

A. M. C. Uno de sus artículos, además de no tener gracia, no guarda las



NÚMERO 17

DE

BUEN HUMOR

Cupón que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita con destino a NUESTROS CONCURSOS



CUPÓN

correspondiente al número 17

de

BUEN HUMOR

Cada trabajo — no solicitado — que se nos remita, ha de venir necesariamente acompañado del presente cupón.

consideraciones que merece el lector. El de los *chiclets* es bonito, ingenioso y ágil...; pero tenga usted la bondad de no complicarse más la vida con esa porquería, porque las víctimas somos nosotros.

M. G. — ¡Bueno, hombre, bueno! Con lo fácil que es no escribir...

R. C. Valladolid. — Estése usted por ahí..., que ya le llamaremos.

Eustaquio. Cuenca. — Ni se dice *haiga* ni Segovia es puerto de mar.

Pichirichi. — No vale nada, amigo mío.

M. M. Madrid. — Sus versos no nos chocan. Lo mejor que tienen es aquello de

«No sufras: ya he terminado...»

J. M. G. Madrid. — ¿En dónde hemos leído una cosa muy parecida? ¡Ah, sí! En *La procesión de los días*, de Fernández-Flórez.

C. S. B. Barcelona. — Su cuento titulado *¡Aquel maldito gato!* no tiene desperdicio. Hemos enriquecido nuestro léxico con palabras tan extrañas para nosotros como *críblemente*, *deseducado*, *honcenos* (por obscenos, ¡auténtico!), *estubo*, *hantes*, *humbral*, *abía*, *enpecé*, *azaña*, *abitación*, *pupular*, *almirar*, *tubo* (por tuvo, ¿eh?), *todavía* y otras muchas más que pueden admirarse en las ocho cuartillas de su cuento. ¡Usted *hirá* a la *Hacademia*!

Juan Hispalense. Madrid. — Para observar esas cosas no vale la pena de tomar el tranvía. Lo de *habrimos* es sospe-

choso; pero lo de los *hermosos paletos* es más sospechoso todavía...

J. de Melamio. Madrid. — ¡Pero, hombre! ¡Usted parece que está decidido a enviarnos sus obras completas! No hay día que no encontremos unas cuantas cosas de usted. Bien es verdad que la constancia tiene al fin su premio. Siga usted escribiendo; mándenos pocas cosas y escogidas, que será mejor.

F. D. Madrid. — Catorce cuartillas son muchas cuartillas para nosotros. Si algún día lo leemos y se pueden cortar algunas cosas, si es publicable lo daremos. Pero antes de comenzar a leerlo, no nos comprometemos a nada.

A. M. Madrid. — Su carta en verso es ingeniosa, y le felicitamos por ella. El cuento ya no es tanto. Creemos que usted puede hacer algo más substancioso y lo hará, ¿eh?

R. A. Málaga. — No sirve.

Josela. Valladolid. — Tiene alguna cosa aprovechable; pero ya teníamos en má-

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará la sección de Correspondencia para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

quina al recibirlo nuestra sección de anuncios recomendadísimos.

D. de F. Tarragona. — Le decimos lo que al anterior, si bien hacemos constar que tiene mucha gracia.

Ferrocarril. Madrid. — No sirve, señor mío. Puede salir pitando.

Andrés. Madrid. — No sirve. Por si le puede interesar, le diremos que todo el verbo *hablar* se escribe con *h*.


J. M. G. Madrid. — El truco final no deja de tener gracia; pero hasta entonces es un poco pesado. Habría que aligerarlo un poco y animarlo otro poco. Tal vez así...

I. T. Madrid. — No se ruborice usted si le decimos que tiene gracia. Es un poco fuerte y la rima deja mucho que desear. Lo de *y una tia en Alcalá* y el *¡Voto a Halley!*, por ejemplo, para rimar con *cabal* y con *ley*, son ripios indignos de usted.

A. F. Madrid. — Lo que más nos ha entusiasmado de su *Bombilla-Sol-express*, es la presentación. Las cuartillas son inmejorables; el tipo de letra, delicioso; los sujetadores dorados, conmueven; el articulillo es lo que está peor. Haciéndole algunos arreglos quedaría presentable; pero no nos atrevemos a poner en su obra nuestras manos pecadoras. Usted se desquitará con otra cosa mejor.

J. o F. C. Madrid. — Un poco sosillo, ¿no?... Mande usted otra cosa.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5. BILBAO: Gran Vía, 2.



CIGARRILLOS ORIENTALES

CAVALLA y MISS BIANCHE

LOS MEJORES Y MAS BARATOS

J. BIRALDEZ



BUEN HUMOR



SEMANARIO SATÍRICO

—o o o—

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL.

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración: Plaza del Ángel, 5.

MADRID



Dibujo de IBÁÑEZ.—De nuestro concurso de carteles.

Ayuntamiento de Madrid